Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX — San José, Costa Rica — **1930** — Sábado 15 de Marzo — Núm. 11

Año XI. No. 483

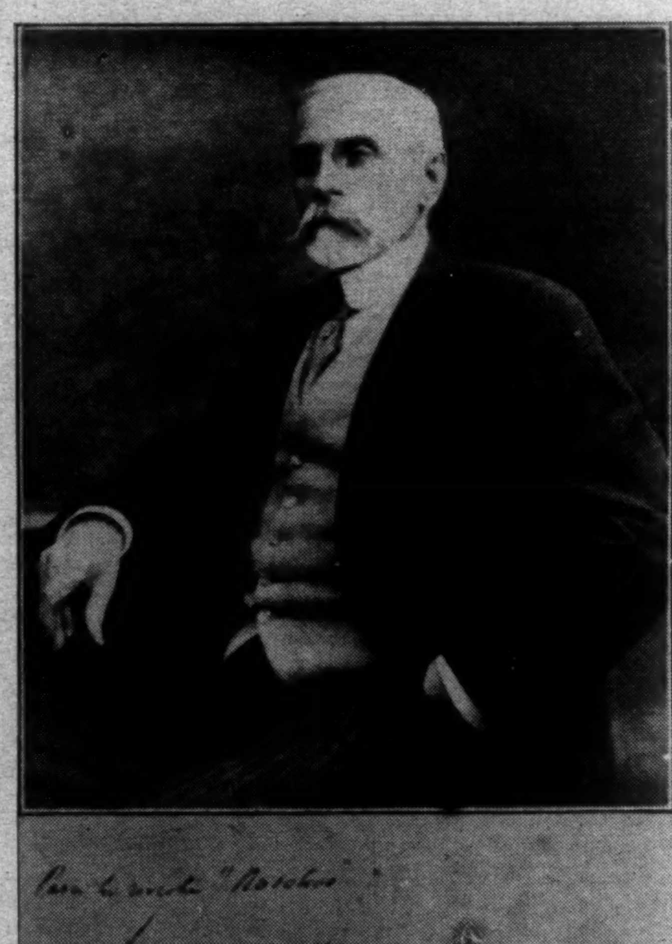
SUMARIO

Reflexiones sobre Pablo Groussac

= Del número extraordinario de ***Nosotros***, Buenos Aires, dedicado, en justicia, a la memoria de Pablo Groussac =

1.—En una época en que la literatura era un desdoblamiento de la acción política, o un empeño fugaz de aficionados, Pablo Groussac pudo consagrarse, en casi todas las circunstancias de su vida, a la tarea de escritor. El destino le fué favorable. Al apartarlo de la tierra natal, al sustraerle a la seducción del escenario más hermoso del mundo, París, que tanto gravitó en su inteligencia y en su espíritu, le dió el amparo de una sociedad de acceso fácil y fértil en posibilidades de conquista. Este hombre vino a nuestro país como un enviado de la civilización; nos trajo un mensaje. La Francia educadora se nos presentó en este trabajador serio y sólido, que nos enseñó las primeras nociones del método y nos mostró las ventajas del buen precepto francés de la claridad en la expresión, del orden en las ideas, de la conveniente mesura en el uso del idioma; es decir, los rudimentos del arte verdadero a cuya comprensión y creación sólo llegan los pueblos después de desbastarse, después de sacudirse de lo que en la economía mental significa lastre de exceso o vicio de retorcimiento. Sí; el destino le fué favorable. Mientras las personas mejor dotadas de su tiempo leían apresuradamente en sus bufetes de abogados, en sus oficinas inseguras, y aprendían confusamente y producían sin coherencia y sin tranquilidad, al azar de su existencia agitada y dispersa, Groussac tuvo la fortuna de encontrar el medio de ser lo que siempre fué. Este impertubable «habitante de la ciudad silenciosa de los libros» ha encontrado en Buenos Aires un suburbio de París. Su despacho amplio, repleto de volúmenes recién llegados, de revistas con el último eco de la última controversia ideológica de Europa, podía recordarle, en las tardes de invierno, los serenos refugios de los sabios que pasan amablemente los días, en las pequeñas casas que están cerca de la Sorbona, o se pierden en las callejuelas desde donde se perciben los castaños del Luxemburgo y la cúpula del Observatorio, bajo el cielo de luces finas, como hecho por un paisajista francés.

2.—Pablo Groussac ha conocido, como todos conocemos, la hostilidad del ambiente, poco adecuado todavía a la difusión del pensamiento o al goce de la belleza. No ha conocido, en cambio, el drama del escritor argentino, que consiste en la lucha con la necesidad, porque la literatura no es una faena productiva entre nosotros y obliga al que está destinado por su vocación a las actividades desinteresadas, a vivir del trabajo penoso y dejar para lo que ha de



ser fundamental y permanente, la hora hurtada a la fatiga, al sueño, al ocio, al perfeccionamiento de su versación. Ningún escritor argentino, con excepción de los que poseen holgado patrimonio, han disfrutado de semejantes comodidades para desarrollar una obra de importancia. El país se las ha proporcionado y Groussac lo retribuyó en tal forma que el país que lo acogió, lo cuidó, lo supo respetar, le debe gratitud.

3.—¿Ha enseñado a escribir o ha enseñado a prepararse para escribir? Se ha confundido un poco una cosa con otra. Cuando Groussac comenzó a actuar en los círculos argentinos, había escritores a quienes admiramos hoy, con el gusto evolucionado y con una ciencia más experta del idioma, por su justeza y por su docilidad al sentido directo de las ideas. Así como hoy no tomamos en cuenta al que vuelca en el Parlamento o en el periódico pellejos de gerundios y se atropella en la catarata oratoria, no se tomaba en cuenta entonces al verboso hilvanador de discursos. En medio de ese flujo incontenible de dadaísmo locuaz, había modelos excelentes de sobriedad y de rigor lógico. Vicente Fidel López es un gran escritor clásico; Sarmiento es un escritor de reciedumbre áspera, de una elocuencia desnuda. Su prosa ofrece la rudeza y riqueza de los poetas anónimos. Mitre escribe con austeridad. Lo que enseñó, a mi juicio, es a no improvisar la sabiduría, a no adivinar lo que se obtiene únicamente con la investigación metódica. Le debemos, desde este punto de vista, las lecciones más provechosas; le debemos las lecciones de la honradez. Naturalmente, sería desconocer la verdad, negar su influencia literaria. La honradez intelectual se refleja ineludiblemente en la forma expresiva y el escritor admirable de las páginas de *Santiago Liniers* ejerció con su ejemplo y con su prestigio, esa presión en los espíritus que denuncia de lejos la huella de un maestro. Groussac ha dicho, en su magnífica silueta de Pellegrini, que el orador vive de la improvisación y el escritor

muere de ella. No es absolutamente exacta esta afirmación y lo pruebo con la vida de los más perdurables artistas Flaubert elabora su prosa, después de forjar los personajes y trazar minuciosamente su plan novelesco, con la obstinada paciencia con que se lapida una piedra preciosa. Balzac, Maupassant, Dostoiewski, Tolstoy, improvisaban furiosamente. Balzac improvisaba al escribir y volvía a improvisar en las sucesivas correcciones. Hugo improvisaba; improvisaba Enrique Heine. Sus capítulos de *Alemania*, de *Los Dioses en el destierro* o de *Cuadros de Viaje* impresionan por la espontaneidad y la frescura que descubrimos en sus cartas a los amigos. Lo que no se debe improvisar es la preparación. Se debe concebir con lentitud, aprestarse lentamente a la tarea creadora en la que es menester ese soplo vitalizador que viene de las fuerzas inconscientes e ingobernables que están en el alma del escritor. Y esto es difícil en América. El conflicto diario impide dar realidad al principio de que el genio es una larga paciencia.

4.—Groussac, descriptor perfecto, es un narrador discutible. Sabe demasiado y quiere saber más a cada instante. Se ha formado en la época en que el cientificismo reemplaza a la sabiduría. Le obsesiona el documento, le turba la superstición del dato minúsculo. No nos perdona nuestra ignorancia y ostenta jactanciosamente su saber numeroso. Su tropicalismo está en el lujo del detalle superfluo, en el *rastacuerismo* del pormenor baladí. A la inversa de Renán y de Taine, que ahorraban al público lo que habían aprendido angustiosamente, para rendir la sustancia pura, Groussac temía que no advirtiésemos la magnitud extraordinaria de su información, el esfuerzo ímprobo de sus pesquisas. Ese defecto se acusa hasta en los pasajes descriptivos de Groussac. Su ciencia nos estorba porque introduce en su arte elementos ajenos a su fin esencial. El literato y el especialista predominaban sobre la pureza del escritor, que se reconoce en la humildad ingenua, en la ausencia de la actitud deliberada. Es una teatralidad que no supo desdeñar. Claro está, que esos defectos se atenúan o desaparecen ante la amplitud de su obra. Pero, esos defectos determinan la inconsistencia y la palidez del escritor imaginativo. Crítico sapiente, historiador insigne, fué, sin embargo, un novelista sin vuelo, sin vigor real, sin esa virtud de coordinación y de abandono, de audacia cautelosa y de instinto sagaz que anima al creador de vida. ¿Qué nos importa? Fué lo que pudo ser; dió lo que pudo dar. Quedémonos con lo óptimo que nos deja, que es tanto, y a ello se agrega la dignidad de su existencia, la fidelidad a su temperamento, la lealtad con su propio concepto de su función.

5.—¿Podría haber dado más de lo que dió? Groussac solía quejarse de su «destierro». Investigador de asuntos argentinos, argentino por la constante predilección de los temas, conservaba, sin embargo, un dejo de melancolía de hombre inadaptado a la atmósfera social en que se desenvolvía y ese estado de ánimo de emigrado se traslucía a menudo en agrias manifestaciones.

¿Venía esta desazón de la certidumbre de que en Francia se habría señalado con una labor más cohesiva? Es lo que suponen muchos admiradores de Groussac. No lo creo. Según un proverbio andaluz, el potro corre las carreras que lleva dentro de sí. La producción de un escritor no representa el total de lo que su talento contiene, únicamente cuando las contingencias de su vida inhiben el curso libre de su fecundidad. Pablo Groussac, repito, no ha padecido esas inhibiciones y tal vez no sería aventurado sostener que dió entre nosotros más de lo que hubiera dado en París. Tuvo para nosotros la significación de un alto representante del normalismo francés. En Francia habría sido un *normaliano* más, un eminente profesor de la Soborna, un Faguet menos grisáceo, más limpido, más clarificado por el don literario, pero un Faguet.

6.—Todo cultor de letras en quien predomina la vocación del humanista, es ineludiblemente un escritor secundario, es decir, un literato. Sus libros le enriquecen más que la vida. Sus minucias formales le interesan más que el espíritu. Los humanistas italianos fueron transcriptores amanerados y serviles de la antigüedad. Mientras pulían su jadeante imitación de los clásicos, la vida de su tiempo y de su país, rica en dramaticidad, en calor, en novedad, huía ante sus ojos cansados de embelesarse con los infolios. ¿Quién se acuerda hoy de Francisco Filelfo, de Lorenzo Valla, de los compañeros del Papa Piccolomini o de los eruditos cofrades del cardenal Besarión? Si algo se ha salvado de ellos es la parte más opuesta a su humanismo, el relato de algún episodio popular, una ligera historieta que reflleja un instante de realidad psicológica o de visión poética. En italiano se dice: «Quien sabe, hace; quien no sabe, enseña». Saber, esto es, dominar el proceso de la cultura y olvidar la cultura en la creación, es ser efectivamente escritor. El humanismo, nacido de la ansiedad de saber, constituye un deleite delicado; Groussac, por lo general, no supo abstenerse de ese deleite. Es lo que más le debemos agradecer, porque, en un país mentalmente desorganizado, realizó, como el humanista del siglo XV, una misión pedagógica de ordenamiento y de regulación.

Alberto Gerchunoff

Groussac

=De *Nosotros*. Buenos Aires.=

He verificado en mi biblioteca diez tomos de Groussac. Soy un lector hedónico: jamás consentí que mi sentimiento del deber interviniera en afición tan personal como la adquisición de libros, ni probé fortuna dos voces con autor intratable, eludiendo un libro anterior con un libro nuevo, ni compré libros —crasamente—en montón. Esa perseverada decena evidencia, pues, la continua legibilidad de Groussac, la condición que se llama *readableness* en inglés. En español es virtud rarísima: todo escrupuloso estilo contagia a los lectores una sensible porción de la molestia con que fué trabajado. Fuera de Groussac, sólo he comprobado en Alfonse Reyes una ocultación o invisibilidad igual del esfuerzo.

El solo elogio no es iluminativo; precisamos una definición de Groussac. La tolerada o recomendada por él—la de considerarlo un mero viajante de la discreción de París, un misionero de Voltaire entre el mulataje—es deprimente de la nación que lo afirma y del varón que se pretende realzar, subordinándolo a tan escolares empleos. Esa pedagogía, por lo demás, sería innecesaria. Por ejemplo: la novela argentina no es ilegible por faltarle mesura, sino por falta de imaginación, de fervor. Digo lo mismo de nuestro vivir general.

Groussac. Es evidentemente que hubo en él otra cosa que las reprensiones del profesor, que la santa cólera de la inteligencia ante la ineptitud aclamada. Hubo un placer desinteresado en el desdén. Su estilo se acostumbró a despreciar, creo que sin mayor incomodidad para quien lo ejercía. El *facit indignatio versum* de Juvenal no nos dice la razón de su prosa: mortal y punitiva más de una vez, como en cierta causa célebre de *La Biblioteca*, pero en general reservada, cómoda en la ironía, retráctil. Supo deprimir bien, hasta con cariño; fué impreciso o inconvincente para elogiar. Basta recorrer las pérfidas conferencias hermosas que tratan de Cervantes y después la apoteosis vaga de Shakespeare, basta cotejar su versión calmosa de la Cordillera—*El cerro próximo, descarnado y sombrío, corta duramente el azul metálico del cielo; en los repliegues de la roca, algunas chapas de nieve hacen centellear sus agujas finísimas, cual ojuelas de mica; asoma la arcilla húmeda y negruzca debajo de la capa fundente: ello es la «corona inmaculada» de la poesía de bufete*—, con los paisajes efusivos de *Cosas de Francia*.

No hay muerte de escritor sin el inmediato planteo de un problema ficticio que reside en indagar—o profetizar—qué parte quedará de su obra. Ese problema es generoso, ya que postula la existencia posible de hechos intelectuales eternos, fuera de la persona o circunstancia,s que los produjeron; pero también es ruin porque parece husmear corrupciones. Yo afirmo que el problema de la inmortalidad es más bien dramático. Persiste el hombre total o desaparece. Las equivocaciones no dañan: si son características, son preciosas. Groussac, persona inconfundible, Renán quejoso de su gloria a trasmano, no puede no quedar. Su inmortalidad entre nosotros los argentinos corresponderá a la inglesa de Samuel Johnson: los dos autoritarios, doctos, mordaces.

Jorge Luis Borges

Carta abierta al señor Director General de la Unión Panamericana

1 de Febrero de 1930.

Señor Doctor L. S. Rowe,

Director General de la Unión Panamericana

Washington, D. C.

Muy señor mío: Como un hermano y como un amigo sincero de todos y cada uno de los habitantes de los Estados Unidos y movido por un verdadero espíritu de simpatía y amistad hacia la América de habla inglesa, dirijo a usted esta carta, en la convicción de que tendrá ante usted la acogida requerida, y que, por medio de su digno conducto y valioso conato, serán remediados los males que apunto en ella y que motivan el que yo moleste a usted en esta ocasión.

Entre las causas, factores y fuerzas más activas que sin cesar trabajan en los Estados Unidos para destruir y entorpecer la amistad y la fraternidad entre las dos Américas, haciendo cada día más difícil su mutua comprensión, figuran en primer término el Cinematógrafo, las Comedias Musicales y las Representaciones Teatrales de carácter cómico y burlesco.

Refiriéndome en esta carta a la influencia cinematográfica exclusivamente, me permito expresar a usted, señor Director de la Unión Panamericana, que es para todo latinoamericano muy doloroso ver que en un país como los Estados Unidos, en cuya capital existe la Sede del Panamericanismo, se produzcan y se permitan exhibir libremente en todos los teatros, películas como *Women and Gold* (Las Mujeres y el Oro), *South of the Equator* (Al Sur del Ecuador), *Señorita, El Gaucho, The Dove* (La Paloma), *The Love of Paquita* (El Amor de Paquita), *She is a Chic* (Ella es Chic), *Two Lovers* (Dos Amantes), *The Show Girl* (La Muchacha de Teatro), *Cuban Love* (El Amor Cubano), *The Charge of the Gauchos*, (La Carga de los Gauchos), y muchas otras.

La película intitulada *The Dove* (La Paloma), por ejemplo, es el ataque más cínico, mordaz y crudo contra España, y el criticismo más inconsiderado, ultrajante, malicioso y criminal que se puede hacer contra la cultura y la civilización hispanas y contra todo lo que tenga relación con la raza española.

Estas películas han sido ingeniosa y premeditadamente arregladas para presentar ante el público Angloamericano las Naciones Latinoamericanas como pueblos bárbaros y salvajes; como conglomeraciones de tribus que derivan su subsistencia del merodeo, el crimen y los vicios; como pueblos sin conocimiento y aun sin noción alguna de la Moral, el Derecho y el respeto a la Ley; y como una raza sin ninguna vinculación histórica y sin patrimonio alguno de dignidad, grandeza y civilización.

Hay en los Estados Unidos varias empresas cinematográficas, de primero y de segundo orden, que se especializan en la producción de cintas cinematográficas contra la América Latina y contra España.



Foto de *Tina Modotti*

Es evidente que el Cinematógrafo prestaría en el Nuevo Mundo una ayuda decisiva para el acercamiento intelectual y el intercambio material de las dos Américas, si éste se usara con propósitos nobles y honrados y con fines esencialmente culturales; es decir, como el medio más adecuado para presentar recíprocamente ante las clases directivas, ante la juventud y ante las masas de los dos continentes, el verdadero grado de progreso intelectual y material, las diferencias culturales, las costumbres, cualidades y virtudes de cada cual.

Y como es nuestro deber luchar por la cristalización de este ideal y combatir todas las fuerzas latentes y activas que se opongan a ello y que tiendan a engañar a nuestros pueblos y crear entre ellos odios, prejuicios, animosidades y egoísmos mal entendidos, creo es mi ineludible deber denunciar ante usted, Señor Director, y por su digno conducto ante la Unión Panamericana, los abusos de las empresas del cinematógrafo de este país, y los terribles atentados contra la dignidad y los derechos del hombre y contra la civilización y la cultura trasplantadas al Nuevo Mundo de España, Italia, Francia, Grecia, Portugal y la Europa Central.

En el mes de agosto de 1925, escribí sobre este mismo tópico al Señor Doctor Esteban Gil Borges, Sub-Director de la Unión Panamericana; al Señor Doctor Enrique Olaya Herrera, Ministro de mi país, Colombia, en los Estados Unidos; al señor Embajador de Méjico y al Señor Embajador de Chile en Washington.

El Doctor Esteban Gil Borges, quien conoce bien mi labor como educador en las escuelas, colegios y universidades de Venezuela, se apresuró a contestarme, aceptando y reconociendo la gravedad del asunto, en los términos que a continuación transcribo de su carta:

«Recibí su carta del 24 de Agosto y he leído con mucho interés sus observaciones acerca de las películas referentes a la América Latina. Comprendo muy bien la importancia del problema a que usted se refiere y dentro de algunos días espero tener la oportunidad de comunicarme con los Jefes de la industria de cinematógrafo en este país y hacer un esfuerzo para modificar la tendencia a que se refiere su carta.»

Los señores diplomáticos de los países susodichos me contestaron más o menos en el mismo talante que el señor Doctor Esteban Gil Borges. Creo pertinente insertar aquí algunos de los párrafos de la carta del señor Ministro Plenipotenciario de Colombia.

«Ante todo deseo expresar a usted el sincero aprecio que hago de sus sentimientos de elevado patriotismo y de las tendencias para promover la comprensión moral y espiritual entre Norte y Sur América.»

«Un medio, en mi opinión, muy eficaz es el de presentar al público de los Estados Unidos el desarrollo de las Repúblicas Latinoamericanas en los diversos aspectos de su cultura intelectual y de su progreso material. Recíprocamente el conocimiento que se lleve a nuestros países de la admirable actividad de esta gran Nación (los Estados Unidos) en los varios órdenes de la vida, no podrá menos de crear sentimientos de aproximación y amistad».

«Todos estos trabajos necesitan para que los corone el éxito de ser desarrollados muy discretamente y sobre la base de una mutua simpatía».

«Cualquier esfuerzo que a lograr tal fin se encamine tendrá sin duda, el apoyo de las inteligencias directivas en los dos continentes y, está por demás decírselo, en esta labor mi cooperación muy modesta no puede faltar».

Abrigo completa fe en la sinceridad de estos señores y admiro de corazón su cándido optimismo, pero debo expresar o confesar a usted, señor Doctor Rowe, que todos los esfuerzos que ellos hayan hecho para conjurar estos males, han sido ineficientes o totalmente nugatorios; pues desde la fecha en que fueron escritos por ellos los párrafos que anteceden, hasta el día de hoy, la producción de tales películas en este país ha tomado más incremento, y se han multiplicado en variadas formas las actividades y los medios

para enfriar el corazón, envenenar la mente y sembrar odio e indiferencia en el alma del noble público Angloamericano hacia la América Latina.

Los Centros Universitarios, la Escuela, el Periodismo, el Púlpito o Cátedra Sagrada, el Teatro, las Bibliotecas Públicas, los Clubs, los Comites y las Instituciones de carácter nacional e internacional, etc., muchos de estos son hoy, en los Estados Unidos, centros donde la vida moral, social, económica y política de la América Latina se analiza y se juzga de una manera ilegal, inconsiderada, arbitraria y clandestina.

Comprendiendo que atañe primordialmente a la Unión Panamericana el deber de estudiar y poner fin a estos graves males y habiendo tenido el placer de conferenciar con usted en Nueva York en el mes de Julio de 1925, y deducir de nuestra conversación el criterio liberal y la sincera simpatía que usted abriga por la América de habla española y portuguesa, me atrevo a hacer ante usted, en esta mi carta, todas las consideraciones que anteceden, y tengo la esperanza de que por su valiosa mediación la Unión Panamericana tomará los pasos necesarios y las medidas adecuadas para parar y conjurar tan grandes y peligrosos males.

Yo, que he consagrado los mejores años de mi existencia a la redentora labor educacionista y cultural en Colombia y Venezuela y que por cinco años, ultimamente, me he dado a la tarea de divulgar en los Estados Unidos la evolución cultural y material de la América Latina y su puesto en el mundo civilizado; estudiando con todo ahínco y atención los complicados problemas y las múltiples causas que originan la dolorosa y seria situación entre las dos Américas, comprendo muy claramente que todo esfuerzo para cambiar la presente condición será completamente nulo, si las fuentes de información y los mentores políticos, intelectuales y sociales de las dos Américas no presentan ante las masas y ante la juventud del Nuevo Mundo, un cuadro vivo y real de las Naciones del Sur, de cultura y mentalidad latinas, y de la gran Nación del Norte, de cultura y mentalidad anglosajonas; usando para esto como es natural, imparcialidad, justicia, honradez y una verdadera comunión espiritual de amistad y mutua simpatía.

Es evidente que la América Latina tiene muchos y grandes defectos, como los tiene también la América Anglosajona; pero también es evidente que la América Latina tiene reconocidas virtudes y cualidades y que ya hemos modelado y encauzado, por rumbos propios y definitivos, una cultura y una civilización que nos coloca entre los pueblos civilizados de la tierra y que nos hace acreedores al respeto y a la consideración de las otras naciones del mundo.

Es evidente también que toda la América Latina desde su Independencia hasta nuestros días, en su marcha triunfal hacia el progreso y la democracia, ha estado sometida a serios accidentes políticos y a bruscas transiciones intelectuales y morales; pero, ¿qué nación en el mundo ha podido escapar del veredicto de esta ciega ley de la historia?

Conviene aceptar además, como evidente, que estos fenómenos aún existen e imperan hoy en algunas secciones de nuestra América; paralizando en gran parte el progreso intelectual y material; atrofiando el espíritu cívico y la conciencia nacional, y causando gran perjuicio a las otras secciones donde el orden, la paz, el trabajo y las instituciones democráticas han establecido su trono definitivamente. Pero si analizamos imparcialmente las causas y motivos de estas convulsiones políticas y conflictos latinoamericanos, veremos con sobrada claridad que toda la responsabilidad recae sobre un grupo de enfatuados, ignorantes, cándidos e improvisados sargentones llamados políticos latinoamericanos que, traicionando su raza, su patria, su historia y traficando con los derechos inalienables del pueblo, han sido, desde la Independencia, con pequeñas interrupciones, los instrumentos más activos y directos para la penetración de algunas naciones extranjeras que, con fines perversos y con propósitos esencialmente utilitaristas, han hecho de estas regiones latinoamericanas políticamente, subprotectorados; económicamente, colonias declaradas; y ante el mundo y la historia, el teatro de interminables revoluciones, o, en otras palabras, un Calvario de Sangre.

Usted, Señor Doctor Rowe, que conoce muy a fondo la historia política de la América Latina y su evolución social, moral y material, no dudo que verá como yo veo y creerá como yo creo, que sólo podremos pensar en armonía y en la realización de los ideales panamericanos cuando toda la América Latina pueda poner freno a las injustas ambiciones e intrigas políticas de naciones extranjeras, sometiendo dentro de sus Códigos y de sus Leyes a todos los que se denominan latinoamericanos y extranjeros, como lo han logrado hacer la Argentina, el Brazil, Chile y el Uruguay; como está luchando heroicamente por hacerlo el noble Pueblo Mejicano, y como parece inclinada a hacerlo la República de Colombia.

Entonces sólo, y sólo entonces, la paz y la fraternidad reinarán en el Nuevo Mundo.

Entonces, todas las naciones de la América Latina, grandes y pequeñas, tendrán gobiernos representativos y populares y veremos en esas pequeñas Repúblicas que hoy sufren y se devastan en contiendas sangrientas para reconquistar su independencia política y su autonomía económica, la Fuerza del Derecho prevalecer sobre el Derecho de la Fuerza.

Entonces las dos Américas podrán dentro de los límites de mutua simpatía y respeto y sin odios, envidias y prejuicios, desarrollar triunfantemente las dos civilizaciones diferentes que fueron trasplantadas del Viejo al Nuevo Mundo por las razas o pueblos de tradiciones y mentalidad latinas y por aquellos de tradiciones y mentalidad anglosajonas.

Entonces podremos crear en el Nuevo Mundo una verdadera Liga Panamericana de Naciones o una real Unión Panamericana, en lugar del enmascarado Ministerio de Colonias que tenemos hoy con el nombre de Unión Panamericana, pero que fundamental y estructuralmente no es otra cosa que una copia exacta del Ministerio de Colonias Británico; y por los fines velados y ambiguos con que se usa, es el arma más poderosa y eficaz para el expansionismo político, económico y geográfico de los Estados Unidos, y el peligro más inminente para la integridad y autonomía de la América Latina.

Entonces, finalmente, podremos revivir y cristalizar el Evangelio Panamericanista formulado por nuestros Libertadores y tan ansiado y loado hoy por los hombres de buena voluntad en las dos Américas.

Con sentimientos de alta consideración y aprecio, soy del Señor Doctor Rowe, muy atento, seguro, servidor y amigo.

Miguel Antonio Peña

(Envío del autor)

Sueño

(Envío del autor)

El agua de la sombra nos desnuda
de todos los recuerdos
en esta brusca
inmersión que anticipa, en los oídos,
la sordera metálica del sueño.

Y quedamos de pronto, sostenidos,
en este mar en donde nadie flota
de una cadena lógica de ausencias,
como el buzo de sangre
sólida, de coral arborescente,
que vive, en la prisión de la escafandra,
de la sierpe del aire que lo sigue.

Lento
y con ruedas de espuma en el insomio
gira el acuario rápido del sueño.

Pero el silencio abre
un pozo brusco en tu memoria fría,
un pozo
donde nuestras imágenes
se lavan de la atmósfera adquirida.

¿Con qué dedos de música tocarte?

Porque sólo la música podría
devolverte una forma para el tacto
—cálida, yerta, lisa—
a ti que tienes tantas
—ásperas, sordas, tímidas—
para el oído ávido.

Porque sólo la música
sabría componer, con los fragmentos
de tu semblante muchas veces roto,
el nuevo,
el inefable rostro nuevo
que de tu sueño lento está naciendo...

Jaime Torres Bodet

Madrid. 1930

Isadora Duncan
y la pedagogía de la libertad

=De *Mi vida*. Edit. CENIT. Madrid. 1929=

y 2.—*Vease la entrega anterior*.

REGRESÉ a Berlín con la determinación de fundar la escuela de baile con que había soñado tanto tiempo, y, sin más demora, confié mis planes a mi madre y a mi hermana Isabel, que quedaron entusiasmadas. Nos pusimos inmediatamente a buscar una casa para la futura escuela, con esa rapidez que caracterizaba a todas nuestras acciones. En una semana encontramos una villa en Trauden Trasse, Grünewald, la cual acababa de salir de manos de los trabajadores, y la compramos. Hicimos exactamente lo mismo que los héroes de los cuentos de Grimm. Fuimos a casa de Wertheimer y compramos cuarenta camas pequeñas, cubiertas con cortinas blancas de muselina y adornadas con cintas azules. Queríamos hacer de nuestra villa un verdadero palacio para los niños. En el vestíbulo central colocamos una copia de la heroica figura de la *Amazona*, dos veces mayor que el natural. En la sala de baile, que era muy grande, colocamos el bajorrelieve de Luca della Robbia y los niños bailando de Donatello. En la alcoba, la Virgen y el Niño—azul y blanco—, y, también en blanco y azul, guirnaldas de frutas.

Por todas partes representábamos de esta manera ideal la forma infantil, con bajorrelieves y esculturas de niños bailando en sus años primeros, y con libros y cuadros en que se veía a los niños tal como han sido soñados por los pintores y escultores de todas las edades; pinturas de niños bailando, en vasos griegos, finas siluetas de Tanagra y Beocia, el grupo de los niños bailando de Donatello—que es una melodía radiante—y los niños bailando de Gainsburough.

Todas estas figuras tienen un cierto aire de familia en la gracia ingenua de su forma y de sus movimientos, como si los niños de todas las edades se encontraran juntos y se cogieran de la mano a través de los siglos. La niñez efectiva de mi escuela moviéndose y danzando en medio de aquellas formas iba seguramente a parecerse a ellas, reflejando inconscientemente en sus movimientos y en sus rostros un poco del júbilo y de la gracia pueriles. Sería el primer paso hacia la belleza futura, hacia el nuevo arte del baile.

Coloqué también en mi escuela muchachas que bailaban, corrían y saltaban, jóvenes de Esparta a quienes se obligaba a realizar duros ejercicios para que luego pudieran ser madres de heroicos guerreros; jóvenes que corrían con los pies desnudos para conquistar los premios anuales; imágenes exquisitas de tierra cocida, con velos y vestidos flotantes; jóvenes que bailaban con las manos juntas en las Panatenas. Representaban el futuro ideal que era preciso conquistar, y los alumnos de mi escuela, al aprender a amar aquellas formas, se asemejarían a ellas y penetrarían cada día un poco en el secreto de su armonía, pues yo creía con entusiasmo que bastaba despertar el deseo de la belleza para obtener la belleza misma.

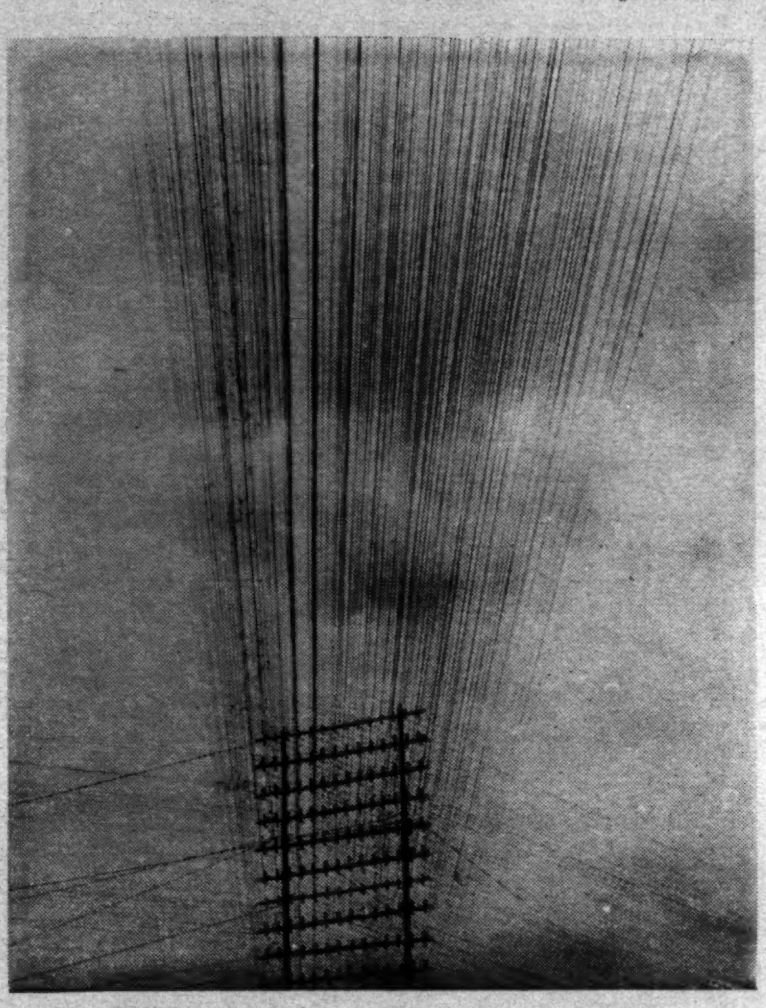


Foto de *Tina Modotti*.

Con el propósito de alcanzar aquella armonía que yo deseaba, los alumnos tenían que hacer diariamente algunos ejercicios especialmente escogidos; pero eran ejercicios concebidos de manera que coincidieran con sus aspiraciones más íntimas y los realizaran de buen grado y con avidez. Cada uno de ellos era no solamente un medio para llegar a un fin, sino un fin en sí mismo, y el fin era hacer que todos los días de la vida fueran completos y felices.

La gimnasia debe ser la base de toda educación física. Es necesario llenar el cuerpo de luz y de aire. Es esencial dirigir su desarrollo metódicamente. Es necesario extraer de él todas las fuerzas vitales que contiene, hasta llevarlas a su máximo desarrollo. Tal es el deber del profesor de gimnasia. Luego viene la danza. En el cuerpo armónicamente desarrollado y llevado a su punto supremo de energía, penetra el espíritu de la danza. Para el gimnasta, el movimiento y la cultura del cuerpo son un fin en sí, pero para el bailarín no son sino medios. El mismo cuerpo debe ser olvidado; es únicamente un instrumento armónico y bien apropiado, y sus movimientos no sólo expresan, como en la gimnasia, movimientos corporales, sino sentimientos y pensamientos del alma.

La naturaleza de estos ejercicios diarios es hacer del cuerpo, en cada grado de su desarrollo, un instrumento tan perfecto como sea posible, un instrumento para la expresión de aquella armonía que, evolucionando y cambiando a través de todas las cosas, está dispuesta a penetrar en el sér preparado para ello.

Los ejercicios comenzaban por una sencilla gimnasia de músculos, preparatoria de su elasticidad y fuerza. Después de estos ejercicios físicos venían los primeros pasos de danza, que consistían en aprender a caminar de manera sencilla, cadenciosa, avanzando lentamente con un ritmo elemental, y luego más de prisa, con ritmos más complicados. Después corrían, lentamente al principio, y saltando, más tarde, lentamente también, según ciertos momentos definidos del ritmo. Así es como se aprende la escala de los sonidos, y así es como mis alumnos aprendían la escala de los movimientos. Tales ejercicios no eran sino una parte de sus estudios. Los niños estaban siempre vestidos con trajes ligeros y graciosos que utilizaban para sus juegos y deportes, en clase y en el bosque. Saltaban y corrían libremente hasta que aprendían a expresarse por el movimiento con la misma facilidad con que los otros se expresan por la palabra o por el canto.

Sus estudios y sus observaciones no se limitaban a las formas expresadas en el arte, sino que brotaban de los movimientos de la Naturaleza. Los movimientos de las nubes arrastradas por el viento, los árboles que se estremecen, los pájaros que vuelan, las hojas que dan vueltas: todo debía tener para los alumnos un sentido especial. Debían aprender a observar la calidad peculiar de cada movimiento, debían experimentar en su alma una adhesión secreta, desconocida para los demás, capaz de iniciarlos en los arcanos de todas las cosas, porque todas las partes de su cuerpo elástico y bien preparado debían responder a la melodía de la Naturaleza y cantar con ella.

Para agrupar a los niños en nuestra escuela anunciamos en los periódicos que la escuela de Isadora Duncan estaba abierta a la adopción de niños con talento que quisieran convertirse en discípulos de este arte que yo quería dar a millares de niños del pueblo. Ciertamente la repentina inauguración de esta escuela, sin los capitales ni la organización necesarios, era la empresa más temeraria que pudiera imaginarse. Mi empresario estaba desesperado y planeaba continuamente vueltas alrededor del mundo, y yo no cesaba de explicarle que necesitaba pasar un año en Grecia, lo que a su juicio era perder el tiempo. Cuando supo que estaba preparando la escuela, dijo, como es lógico, que aquello

equivalía a romper mi carrera y que era una labor absolutamente inútil; pero yo procedía como había procedido siempre: siguiendo mis impulsos íntimos, sin ningún sentido práctico.

Raimundo nos enviaba desde Kopanos noticias cada vez más alarmantes. El pozo artesiano se hacía más y más costoso. La posibilidad de encontrar agua se hacía cada semana más difícil. Los gastos del palacio de Agamenón crecieron en proporciones tan terroríficas, que se vió obligado a desistir. Kopanos se convirtió entonces en una hermosa ruina, en una fortaleza a merced de todas las facciones de revolucionarios griegos. Allí continúa, como una esperanza quizá para lo futuro.

Decidí consagrar todos mis recursos a la fundación de una escuela para la juventud del mundo, y escogí Alemania como el centro de la filosofía y de la cultura: así lo creía yo entonces.

Nubes de niños contestaron al anuncio. Recuerdo que un día, al regresar por la tarde del teatro, encontré la calle bloqueada por padres y vástagos. El cochero alemán se volvió a mí y me dijo:

—*Eine verrückte Dame die wohn dort, die eine Ankundigung in die Zeitung gestellt has dass sie Kinder sehr gern haben will.* (Es una señora loca que vive ahí y que ha puesto un anuncio en los periódicos diciendo que le gustaría recibir niños.)

La *verrückte Dame*, la señora loca, era yo. No sé exactamente cómo se hizo la elección de aquellos niños. Era tal mi afán de llenar Grünewald y sus cuarenta camitas, que los admití sin elección, porque tenían simplemente una sonrisa graciosa o unos ojos bonitos, sin saber si eran o no capaces de convertirse en futuros bailarines. Un día, en Hamburgo, entró en la habitación de mi hotel un hombre de sombrero de copa y levita que traía en el brazo un bulto envuelto en un chal. Colocó su fardo sobre la mesa, y, al abrirlo, me encontré ante dos tristes ojos que me miraban y que pertenecían a una niña de unos cuatro años: la niña más grave que he visto en mi vida. No lanzó un grito ni dijo una palabra. Aquel caballero tenía, al parecer, mucha prisa. Me preguntó si aceptaba a la chica, y apenas si esperó mi contestación. Al observar su rostro junto al de la niña, descubrí una semejanza muy significativa, que justificaba, en cierto modo, su prisa y su deseo de pasar inadvertido. Yo, con mi ligereza de costumbre, admití a la niña, y el caballero desapareció. No lo volví a ver nunca.

Era una manera misteriosa de dejar a una criatura en mis manos, como si fuera una muñeca. En el tren de Hamburgo a Berlín comprobé que la pequeñita sufría una fiebre muy alta—un mal caso de tonsilitis—, y en Grünewald estuvimos tres semanas luchando por su salvación, con la ayuda de dos enfermeras y del gran doctor Hoffa, el famoso cirujano. El cual sentía tal entusiasmo por mi escuela, que me ofreció gratuitamente sus servicios.

El doctor Hoffa me decía a menudo:

—Esto no es una escuela. Es un hospital. Todos estos niños tienen taras hereditarias, y necesitará usted mucho más cuidado para conservarlos vivos que para enseñarlos a bailar.

El doctor Hoffa era uno de los más grandes bienhechóres de la Humanidad, uno de los más famosos cirujanos. Cobraba sumas fabulosas. En aquel tiempo invertía toda su fortuna en un hospital para niños pobres, situado en los alrededores de Berlín. Desde un principio se constituyó en médico y cirujano de nuestra escuela y atendió a todo aquello que se refería a la salud de los niños y a la higiene del establecimiento. En realidad, sin su ayuda incansable nunca hubiera podido llevar a aquellos muchachos al buen puerto de salud y de armonía que finalmente alcanzaron. Era un hombre alto, robusto y bien parecido, de mejillas encarnadas, y poseía una sonrisa tan amistosa que todos los niños le querían tanto como él a ellos.

La selección de los muchachos, la organización de la escuela, el comienzo de las lecciones y la rutina de sus vidas invertían todo nuestro tiempo. A pesar de las advertencias de mi empresario, quien no cesaba de repetirme que, en Londres y en todas partes, se copiaba con creciente fortuna mi trabajo, no pude ni quise salir de Berlín. Todos los días, de cinco a siete de la tarde, enseñaba a bailar a mis niños.

Les hice progresar mucho, y creo que su excelente salud era debida al régimen vegetariano recomendado por el doctor Hoffa, el cual opinaba que es necesario para la educación de los niños un régimen de vegetales frescos, mucha fruta y ninguna carne.

Isadora Duncan

La vieja de Bolívar

=Del tomo V de las *Tradiciones Peruanas*. Calpe, Madrid=

Con este apodo se conoce hasta hoy (julio de 1898) en la villa de Huaylas, departamento de Ancachs, a una anciana de noventa y dos navidades, y que a juzgar por sus buenas condiciones físicas e intelectuales promete no arriar bandera en la batalla de la vida sino después de que el siglo xx haya principiado a hacer pinicos. Que Dios la acuerde la realidad de la promesa, y después ábrase el hoyo, ya que

todo, todo en la tierra
tiene descanso;
todo..., hasta las campanas
el Viernes Santo (1).

Manolita Madroño era en 1824 un fresquísimo y lindo pimpollo de diez y ocho primaveras, pimpollo muy codiciado, así por los tenorios de mamadera o mozalbetes, como por los hombres graves. La doncellica pagaba a todos con desdeñosas sonrisas, porque tenía la intuición de que no estaba predestinada para hacer las delicias de ningún pobre diablo de su tierra, así fuese buen mozo y millonario.

En una mañana del mes de mayo de aquel año hizo Bolívar su entrada oficial en Huaylas, y ya se imaginará el lector toda la solemnidad del recibimiento y lo inmenso del popular regocijo. El Cabildo, que pródigo estuvo en fiestas y agasajos, decidió ofrecer al Libertador una corona de flores, la cual le sería presentada por la muchacha más bella y distinguida del pueblo; claro está que Manolita fué la designada, como que por su hermosura y lo despejado de su espíritu era lo mejor en punto a hijas de Eva.

A don Simón Bolívar, que era golosillo por la fruta vedada del Paraíso, hubo de parecerle Manolita *bocato di cardinale*, y a la fantástica niña antojósele también pensar que era el Libertador el hombre ideal por ella soñado. Dicho queda con esto que no pasaron cuarenta y ocho horas sin que los enamorados ofrendasen a la Diosa Venus.

Si el fósforo da candela,
¡qué dará la fosforera!

Y sea dicho en encomio del voluble Bolívar, que desde ese día hasta fines de noviembre, en que se alejó del departamento, no cometió la más pequeña infidelidad al amor de la abnegada y entusiasta serrana que lo acompañó, como valiosa y necesaria prenda anexa al equipaje, en sus excursiones por el territorio de Ancachs, y aun lo siguió al glorioso campo de Junín, regresando con el Libertador, que se proponía formar en el Norte algunos batallones de reserva.

Manolita Madroño guardó tal culto por el nombre y recuerdo de su amante, que jamás correspondió a pretensiones de galanes. A ella no la arrastraba el río, por muy crecido que fuese.

Hoy, en su edad senil, cuando ya el pedernal no da chispa, se alegra y siente como rejuvenecida cuando alguno de sus paisanos la saluda, diciéndola:

—¿Cómo está *la vieja de Bolívar?*

Pregunta a la que ella responde, sonriendo con picardía:

—Como cuando era *la moza.*

Ricardo Palma

---

(1) El 12 de julio escribí este artículo y ¡curiosa coincidencia! en este mismo día falleció la nonagenaria protagonista, como si se hubiera propuesto desairar mi buen deseo

Estampas

Las leyes no nacen con virtud para regir por sí solas

TODA legislación avanzada corre el riesgo, en los países desorientados, de convertirse en cosa ornamental. La conciencia pública no está formada dentro de una educación capaz de darle sustento a los principios que anticipen beneficios para las generaciones de lo porvenir. Es una conciencia sin el sintido visionario, estimulada en sus inquietudes solamente por las necesidades del instante. De ahí que sea casi imposible separarla de la rumia del refrán ese de que «lo que no es en mi año no es en mi daño».

Por lo general se dota a un país de legislación previsora siguiendo dos cacaminos: o sus estadistas la imponen desde el gobierno que momentaneamente ejercen, o la vanidad de ciertos hombres celosos de que su país vaya «al día» en todas las cuestiones catalogadas como civilización, trasplantan artículo por artículo, sin poda ni el menor desmoronamiento del terrón que la acompaña. Son distintas las fuerzas que en ambos casos renuevan las leyes de un país, pero al convertirse éstas en ornamentos han sido regidas por el mismo vasallaje de la indiferiencia común. Cuando es el estadisdista el que concibe la ley visionaria, logra darle un poco de permanencia, la hace penetrar y proyectar sus beneficios inmediatos, aunque sin caudal para abrir cauce en la conciencia pública. La ley tiene por lo menos, manifestaciones de vida. Pero la otra legislación, la trasplantada, nace muerta. El procedimiento de momificación lo reciben las dos.

La falta de apoyo a la legislación visionaria es en cada país una cuestión de educación. No es natural pedirle a los pueblos que por instinto se pongan del lado de aquellas fuerzas que están contribuyendo a moldearle una conciencia fuerte. Mientras no se les eduque haciéndoles sentir que tienen un destino superior, a la vida no le darán otro sentido que el de la aglomeración de apetitos de satisfacción inmediata. Cuanta medida se quiera hacer regir con un valor de permanencia está fracasada. No existe discernimiento y no puede haber selección por lo mejor. Escuchamos el consejo de los que hicieron grande a su pueblo y queremos que la enseñanza sea bien conocida. Nada más que por eso la citamos, por el anhelo de que los jóvenes busquen fuentes en donde recoger ejemplos de sabiduría, Cuando leemos, el pensamiento no va perdido, sino disciplinado por las necesidades de la existencia libre y próspera de nuestro país. Por eso tienen valor, o si es mejor la expresión, sentido, las citas que hacemos. No es por erudición ni por pedantería, que citamos. Tampoco hemos comprendido todavía la extensión de ciertas sabidurías, como por ejemplo la de Plutarco, para merecer algún día el desprecio de que nuestros conocimientos no van más allá del griego que, de ser teósofos, llamaríamos iniciado.

Bien, hecho el paréntisis citemos de la gran cantera de Licurgo:« Un hombre sabio, que fue llamado al trono de un pueblo recién constituído y que nunca se le opuso a nada, ¿en qué otra cosa debió pensar antes que en la educación de los niños y en los ejercicios de los jóvenes, a fin de que no fuesen diversos o chocantes en sus costumbres, sino que antes formados y como amoldados desde el principio por una misma norma de virtud común a todos, en esto sólo contendiesen unos con otros?; que fue lo que principalmente tuvo Licurgo de su parte para la permanencia de sus leyes. Porque era muy débil el temor del juramento, si por medio de la educación y la enseñanza no hubiese como regado las leyes con las costumbres de los jóvenes, y les hubieran hecho tomar con el primer alimento el amor del gobierno; de manera que por el tiempo de más de quinientos años se mantuvo en observancia lo principal de su legislación, como un tinte sin mezcla que hubiere penetrado fuertemente.» El ateniense con su profunda penetración visionaria está dando todavía a nuestros tiempos una enseñanza aprovechable. Las leyes no nacen con virtud para regir por sí solas. Hay que preparar las generaciones que las sustenten y las trasformen. Es lo que no hace nuestra educación. Y la consecuencia es esa legislación de ornamento. Vamos «al día» en casi todos los progresos codificados. Más ¿qué conmociones han ido produduciendo en la conciencia del país los principios de avance de propia cosecha o trasplantados? No las vemos.

Y sin embargo, nuestro deber es preparar una generación sensible, hacerla «tomar con el primer alimento el amor del gobierno». De lo contrario nuestra legislación previsora seguirá siendo burla de listos. El ejemplo lo podemos palpar, seguirlo pie a pie como experiencia interesante, en lo que amenaza ocurrirle a la ley de nacionalización de la energía eléctrica. Esta es, a nuestro juicio, una de esas legislaciones trasplantadas, pero tomando en cuenta las fases de la luna. Con lo que queremos decir que se trajo en ocasión propicia, o providencial, extremando nuestra aspiración porque ella se convierta en realidad. Los principios de esa ley son visionarios y protegen un porvenir no muy distante. Ya hemos dicho que el grito de las generaciones futuras es electricidad barata. Y la nacionalización de la energía eléctrica provee precisamente a esas necesidades de existencia venidera.

Se nacionalizó la electricidad y el gran engaño nuestro es pensar que la tarea terminó en el articulado de la ley. Se creó la institución que diera sentido y permanencia a los principios de esa legislación y el otro engaño en que vivimos es pensar que no debemos darle aliento a ese poder que nace. Es decir, mientras podamos contar en los días que van transcurriendo con electricidad al alconce actual de nuestros bolsillos, la indiferencia hacia la ley de nacionalización puede asentuarse sin riesgo personal. Y cuán diferente es la conducta que debemos observar! Mentira que hemos salvado de ningún peligro la electricidad para nuestras generaciones del futuro. Esto de la nacionalización va en camino de convertirse en una de las tantas leyendas que nos mantienen adormilados. Ha carecido la ley de capacidad para penetrar en la conciencia pública; esto es, no ha podido romper las siete costras de incomprensión que nos envuelven. Y era de inmediata necesidad hacerlo. La voracidad del capital conquistador fue herida por la nacionalización de la energía eléctrica y desde que sintió el irrespeto de una lanza que le salía al paso se revuelve buscando la destrucción.

El capital del *trust* eléctrico es de un poder ilimitado. De modo que lo que Costa Rica ha hecho por nacionalizar su energía eléctrica es apenas un leve incidente en la expansión esclavizante de esa fuerza capitalista. ¿Con qué virtudes contamos para que en realidad el imperialismo de esa fuerza sienta que nuestra oposición no es mero incidente? La propia Junta del Servicio Nacional de Electricidad desliza en la relación pública de sus labores del primer año de existencia, muchas voces de alerta. Necesita esa Junta una ley que le permita compeler al *trust* a respetarla. Y esto es urgente, porque el *trust* se burla de la nacionalización de la electricidad y «sus empresas eléctricas han hecho y hacen lo que se les antoja.» Hace falta la ley punitiva para que la Junta la aplique a esa rapacidad del *trust* que «está explotando de contrabando, en solo San José, más de tres mil caballos de fuerza eléctrica, por valor cercano a un millón de colones anuales». Esto lo afirma el Servicio Nacional de Electricidad, es decir la institución que se enfrenta al capital norteamericano que nos quiere conquistar al coloniaje. Y dice todavía más, «que espera que el Poder Ejecutivo someta el proyecto de ley sobre contrabando eléctrico al Congreso», porque, «mientras tanto, la Junta se verá limitada en su vasto campo de acción». Y algo más grave tenemos que oír decir a esa Junta: «que si hubiere alguna dificultad para emitir esa nueva leyes represiva, tendríamos que dar por fracasado nuestro esfuerzo».

No nos crucemos de brazos. El respeto que debemos a las generaciones que vienen nos impone luchar por la efectividad de la nacionalización de las fuerzas eléctricas. Es una lucha viril, porque hay que hacerla contra un poder satánico. Contra todos los que pretendan paralizar la legislación previsora hemos de levantar nuestra voz condenatoria. No sabemos a qué guarida tendremos que que bajar a desplazar conquistadores. Sin embargo, bajaremos con honor.

Juan del Camino

Cartago, 9 de marzo de 1930.

Paul Groussac

=De *Nosotros*. Buenos Aires=

Carne de Taine tiene Groussac; pero hay en su alma un ruiseñor que canta de cuando en cuando cosas que no se oyen en la montaña de Taine.

Rubén Darío

Conocí a Groussac hace más de cuarenta años en el diario *Sud América* de que era director, y cuya redacción principal la constituían Carlos Pellegrini, Roque Sáenz Peña, Delfín Gallo y Lucio Vicente López, figuras descollantes de la época.

Era yo entonces un niño imberbe, borroneador de carillas y panegirista exaltado de *prime donne*, tenores y vates incipientes.

Hacía mis primeras armas en el periodismo metropolitano al margen de la crónica teatral, en busca de cómodas butacas y fáciles conquistas.

Al decir del doctor David Peña, mi pluma se deslizaba sobre el papel, tan lentamente, cual si «la moviera una hormiga intelectual». A pesar de ello, sentía febril entusiasmo por los tipos de imprenta,—y corrida la década preparatoria, verdadera roca Tarpeya,— merecí del temido polígrafo uno de sus medallones lapidarios. Entre conceptos amables, el inevitable zarpazo; y no sé si en son de elogio o censura, la afirmación categórica de que «acaso era yo el único argentino, que después de los treinta años, cifrara en las puras letras mi mayor delicia y única ambición».

Groussac venía del norte de la República. Arriero y sembrador en los campos de Santiago, profesor y conferencista en las Universidades de provincia, bajaba a la capital envuelto en la aureola auspiciosa que le había creado la *Memoria Descriptiva de Tucumán*.

Traía en cartera diversos trabajos críticos e históricos,—fragmentos de estudios futuros, que hizo conocer al cónclave hermético, y que lo consagraron desde su iniciación, maestro indiscutido.

Allí dió a luz el boceto sobre *Edmundo About y la Academia*, la monografía sobre *Atlántida y Prometeo* de Andrade, el comentario a los *Escritos* de Avellaneda y a las *Bases* de Alberdi; y la exégesis completa de Galdós, novelista y dramaturgo; «ensayo» que extendió su nombre por los dominios de Iberia.

Amenizaba las áridas columnas políticas con ágiles reseñas sobre las veladas del Colón y Politeama, puntualizando impresiones personales acerca de la *Fedra* de Racine, la tragedia antigua y el teatro dramático de Shakespeare; poniendo reparos a la voz de oro de Sarah Bernhardt y a los trinos celestiales de la Patti; o celebrando con frase lapidaria la patética despedida de Fausto a Helena: «forma ideal purísima de la belleza eterna», de *Mefistófeles*, cantada por Massini con incomparable maestría.

A *Fruto Vedado*, novela argentina que encierra las mejores y más vigorosas descripciones de nuestra naturaleza tropical, siguióle la polémica ardiente con Calixto Oyuela: *El drama español y Echegaray*; serie de folletines caústicos, epilogados en el artículo *Derrumbe de una Biblioteca*, catapulpa feroz que aguzó el ingenio de su contrincante, hispanófilo famoso, quien vióse obligado a recurrir a la gruesa artillería del idioma, para contrarrestar las flechas certeras de aquel contemporáneo de France, que manejaba el sarcasmo como Voltaire y la ironía como Rabelais.

Vienen a mi memoria,—cual discos sonantes o fotografías animadas,—actores y escenas de aquellos tiempos, tan distantes y tan distintos de los de ahora, en que priman los catedráticos del turf, los campeones del box, y los reyes del foot-ball,— dichosos tiempos en que peregrinos ingenios sostenían discusiones acaloradas sobre las *Décimas* de Obligado y los tercetos del *Infierno Dantesco*, a propósito de la traducción de Mitre, que resultaban más sibilinos que en el original, al decir de Magnasco; disecaban con agudo escalpelo, los problemas psicológicos de Bourget y los excesos pornográficos de Zola y la escuela naturalista; o exaltaban con altisonantes loas las tendencias estéticas de Dante Gabriel Rosetti y los pre-rafaelitas ingleses.

Coincidieron esas gestas con la llegada de De Amicis a Buenos Aires, que inspiró a Groussac su magistral bienvenida.

Poseía el maestro el dón supremo de exprimir un libro en un párrafo, de condensar un pensamiento en una línea, de fundir en dos palabras un apotegma. Y siempre, en aquella prosa tersa, inconfundible, a ratos amanerada y poliforme, ondulante y sutil, con transparencias de cristal o plena de sonoridades brillantísimas, que constituían para nosotros, jóvenes neófitos, un goce inefable.

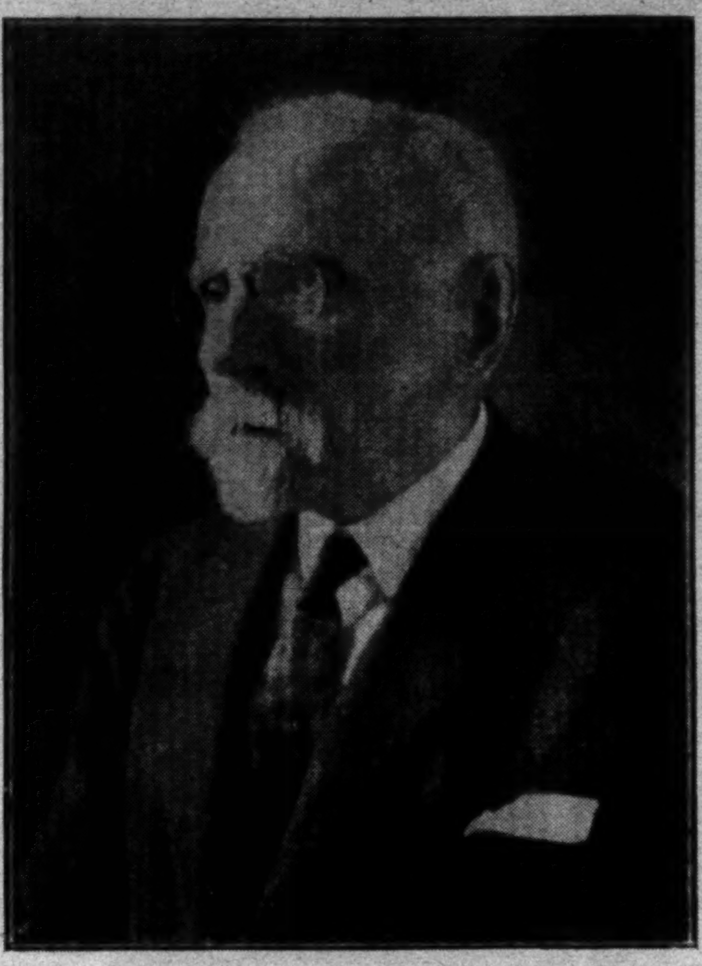
Ese anhelo de perfección,—que retempla aptitudes y despierta bríos,—manifestábase, a veces, en Groussac, en repudio por los engendros y deformidades de la ineptitud.

La temeraria intrepidez de «genios incomprendidos», dió pábulo para que cerebros poco disciplinados y caracteres superficiales, descubrieran rencor y perversidad en sus críticas negativas, donde no había sino acicate para arduas empresas y azarosas conquistas.

Aquella cabeza pensante, archivo de sabiduría, en perfecto equilibrio, mantúvose siempre refractaria, por temperamento y vocación, a la ramplona vulgaridad y a los artificios y quincallerías de retóricos huecos.

El semblante adusto, el rictus de los labios, la mirada profunda, traducían bien a las claras el olímpico desdén ante cualquier advenedizo de las letras: *snob* importado o grafómano de arrabal. Sabía aquilatar valores, discernir méritos, reconocer jerarquías. Y exigía de

(Pasa a la Página 175.)



Paul Groussac,

como era a los 80 años, uno antes de su muerte, ocurrida en Buenos Aires, Rep. Argentina, el 27 de junio de 1929.

El secreto dolor de Groussac

Buenos Aires, 14 de agosto de 1929.

Sr. D. Alfredo A. Bianchi.

Mi estimado amigo: Ignoro si en el número que Nosotros *dedica a la memoria de Paul Groussac quedará sitio para las manifestaciones que no tengan carácter de estudio literario. Porque yo nunca me atrevería a improvisar un juicio sobre un escritor de tan severa disciplina, y me falta tiempo para abarcar siquiera un aspecto de los muchos que tuvo su obra tan trescendental.*

Hace algún tiempo, tuve la honra de saludar a Paul Groussac, en París, en el acto público que le ofreció la Sorbona. Entonces señalaba yo ese carácter de «hombre de frontera», ciudadano del mundo a caballo sobre la geografía, que hay en Paul Groussac; y me refería yo a la atracción que América ejerce sobre los soñadores de Europa, hombres en quienes el fermento de vida no se está quieto. Ahora, mejor informado—o documentado más de cerca—tendría yo que contar la historia de un gran dolor; un gran dolor de que arranca el viaje de Groussac; un gran dolor que hubiera abatido a cualquiera, y que a él le sirvió de resorte para lanzarse a la gran aventura intelectual que fué su vida. Los freudianos de hoy dirían que este «traumatismo» de la adolescencia explica, en Groussac, aquella acritud de censor insobornable que, ciertamente es una de las más peculiares gracias de su pluma. Pero todavía nos quedaría ancho campo para la meditación si nos diéramos a rastrear por los libros de Groussac las huellas dispersas que fué dejando en ellos el «complejo de nostalgia». Yo creo que nada, ni el haber desposado con la tierra argentina todo su pensamiento, fué poderoso a borrar en él cierta melancolía, cierta desazón de andar lejos de la dulce Francia.

La consideración de lo que, en el orden de la sola cultura, debemos a Groussac, nos llevaría muy lejos. La Nación, *ha encontrado la palabra oportuna: Groussac es un tipo de civilizador, y su sitio está entre los Maestros de América.*

Lo saluda su amigo,

Alfonso Reyes.

La nueva estética y la obra de Tina Modotti

(Envío del autor)



Tina Modotti.

Se encuentra en el libro magnífico de Fédor Gladkov la frase en que se dice: «El porvenir está en el cerebro. Después vienen los músculos». Este es el pensamiento actual que hace descansar nuestro concepto de civilización y de estética en el sentido de la mecánica, aceptada ésta en su más clara y honda significación cultural, cómo motivo, como móvil, de la obra de arte, como vehículo en el proceso del tiempo, como centro de gravitación de la vida nueva ascendente, ordenada y rotunda.

Las manifestaciones estéticas de la post-guerra en Europa, tienen una misma conciencia de finalidad, finalidad que ya en Bauer, Archipenko y Boccioni era una aspiración concreta, y que hoy se realiza en todas las rutas: en literatura Gladkov, Ogney, Barbusse, Ivanov, Leonov...; en cinematografía Eisenstein, con *Potemkin* y *La Línea General*; en pintura Clemente Orozco, Diego Rivera y los 500 tantos europeos que con Picasso cita Frans Rho en su «post-expresionismo». En escultura, arquitectura y música, Rusia continúa pujando el tipo del arte. Después, Alemania. Pero esta inquietud artística contemporánea, indudablemente con una gran riqueza de vida interior, es algo más que la nota de nuestro tiempo, nuestra sensibilidad y nuestro ciclo de cultura; confirma, según el pensamiento de Plejanov, la imposibilidad vital de que exista una obra artística privada en absoluto de contenido ideológico. Confirmaremos esta verdad hasta dentro de la poesía, puesto que la nueva posición intelectual del mundo no se orienta hacia la obra aridamente estricta en la forma, sino a la forma renovada y hacia su razón de contenido; de tal modo que entre Leopoldo Lugones y Mayakouski, nos quedamos con el ruso.

Afirma Keyserling que «el mundo nuevo surge con una nueva disposición de conciencia»; de ahí que «para comprender lo que es esencialmente nuevo, haya que entregarse simplemente, hasta que se formen los nuevos órganos de conocimiento necesarios». Esto coincide con la «teoría del punto de vista» de Ortega y Gasset, y con la filosofía actual alemana que acepta cada vida como un punto de vista del universo.

No siempre la ideología de la obra de arte nos hace la entrega total de la misma, aunque sí de su valor, puesto que este es un resultado del valor específico de su contenido. Mas es indudable que el «sentido» contemporáneo de nuestra civilización mecánica—al par que espiritual—(Scheler, Keyserling, Ortega, Rho, Spengler), entendiendo la técnica como el *substratum* de los valores, se ha enriquecido con la belleza fuerte de las máquinas. Nos referimos en general a los objetos de la técnica, lo que entre los rusos se dice: «el sentido severo de las máquinas».

Pero volvemos a la obra de arte, a la visión objetivo-subjetiva del mundo, a la obra original dentro del complejo de la vida nueva. «La verdadera originalidad—ha dicho el fundador de la Escuela de la Sabiduría—no estriba nunca en la novedad aparente, refiérase al contenido o a la forma, sino en prestar a la apariencia conocida o desconocida una vida que proceda de un nuevo sentido profundo». Y en lo que respecta a fotografía, esto es muy interesante. Nos referimos a Tina Modotti, la gran fotógrafa revolucionaria.

La obra de Tina Modotti, como fotógrafo, tiene un carácter revolucionario, puesto que la revolución en lo general es un estado de espíritu y en lo particular es un objetivo más que una creencia, al decir de Max Eastman. Y desde el punto de vista de la revolución social, la tarea artística de Tina Modotti no tiene paralelo ni antecedentes en México. Es una obra seria, tenaz, silenciosa y admirable, sacada del seno mismo del pueblo, de la hondura más profunda del alma de indio y del espíritu de las cosas modernas.

Desde luego que las fotografías de Tina Modotti obedecen al impulso cultural del tiempo y a la posición ideológica inteligente de la artista. Tiene ella creado su concepto de belleza en la vida moderna de puja y de lucha social, vida fuerte, activa, de trabajo. Del mismo modo que Costia Riabtsev, Tina Madotti es una trayectora de esfuerzos que traza la ideología.

Hizo una colección estupenda y perfecta de la obra mural de José Clemente Orozco y de Diego Rivera. Cada fotografía, en detalle y en total, nos dá la estética nueva con más éxito y mayor claridad que en las páginas avanzadas de Meumann. Además, tiene una serie de fotos sobre nuestro México viejo, colonial y precortesiano. Pero nos concretamos a hablar de lo último que ha hecho y que expuso con gloria en su recientísima exposición que patrocinó la Universidad Nacional Autónoma de México.

Las fotos de los telégrafos; la claraboya de Tepotzotlán; las mujeres amamantando a sus hijos morenos; los campesinos que leen *El Machete*; la escalinata del Estadio; los tanques 1 y 2 de la estación de San Lázaro; la manifestación agraria; y otras muchas. Todas ellas, técnicamente, dan la impresión meridiana de su falta de trucos; falta de rebuscamiento, de premeditación. Allí está la vida tal como es, con la valentía mental de quien la admira y la canta.

Pero en cuanto a su «sentido» más profundo, nos entregan la visión de las cosas jóvenes y puras de los tiempos que se inician. Vida intensa y apretada de fuerza, como los árboles del trópico. Sencillez de los motivos, máximos y bellos en su rudeza suntuosa; motivos de la revolución: la canana, la hoz, la mazorca y la guitarra donde cantamos los *corridos* del norte. Cada foto es no sólo una justificación cultural de la artista, sino que encierra y capta totalmente el espíritu revolucionario de México, con su dolor y su hambre, con su angustia y su ira, con la ideología casi religiosa del campesino que no sabía leer pero que cargó el 30-30 y se fué a pelear por las tierras. Cada fotografía es México, nuestros titubeos más dolorosos, nuestros más recientes sacrificios sociales, nuestras rectificaciones, nuestro más puro ahinco de justicia social. La ternura de nuestras indias soldaderas, rudas y oscuras, bellas en su maternidad y su heroísmo y en sus pechos prontos como chirimoyas. La mirada del indio que hizo la revolución a tientas, como en una noche en el monte; y el gesto austero y sobrio de los obreros sucios, aceitosos, y magníficos. La maestría y la belleza justa—justa como un *mausser*—de los alijadores, de los obreros de Veracruz y de Tampico, cargadores maravillosos de viguetas. Los postes telegráficos severos y geométricos por donde va pasando el horizonte como un obrero azul que caminara entre cuerdas. El petate simbólico y acogedor del pueblo. Y el maíz, y la caña de azúcar; y los árboles de la costa altos y macizos; y como si no fuera bastante toda esta parcela enorme de belleza valiente y emotiva, todavía la visión sutil y leve de los lirios y la impresión negra pero formidable de los muñecos de barro que minian los indios de Oxaca. Y más aún: el espectáculo definitivo y armonioso de motivos del Itsmo.

Esta obra convence simplemente con ser, con actuar. Las máquinas mismas que hay en las fotos, cobran movimiento,

agilidad emocional, vida, aliento interior. Y la revolución es de tal modo amable y justa en los cuadros de Tina Modotti, que recordamos hasta los pequeños detalles de la revolución: el soldado que tenía la garganta como zapato agujereado; y aquel otro, héroe romántico y silencioso del bajío, que «al pié de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de viaje catedral, con los ojos fiijos para siempre, seguía apuntando con el cañón de su fusil».

Baltasar Dromundo

México, D. F. 1930.

Poemas

(Envío del autor.)

Sueño

Anduve por el otero
toda la tarde
y vine con un trébol de cuatro hojas,
madre.

Para soñar sueños lindos
lo puse bajo la almohada sin que nadie
supiera. En el sueño fué
la almohada un regazo suave.
Y vieras qué cosas lindas,
madre!

Te encontré por los celestes
caminos de un sueño amable:
no eran tan tristes tus ojos
ni eran tan lacias tus carnes;
tenías la edad del alba...
eras todo en el paisaje!
Ibas hacia donde las rosas son azules;
te nombraban con un trino de ave.
Caían soles
y nunca fué en tu corazón la tarde.
Era un agua de vida
el tiempo sobre el raso de tu carne.
Te caía una estrella a cada paso.
Como tú, nadie...

Para ti,
madre,
yo llevaba una lágrima
tan pura que parecía un diamante.
Ibas a recogerla...

Pero vino tu beso a despertarme
y sentí el fresco de tus rosas húmedas
y te amé como nunca y como nadie!

Vejez

Yo haría para ella
retroceder hacia los años mozos
todo lo que pudiera
decirla:
Es tarde. Hay frío.
Llega...
(No, no la digan quién llega!)
Estamos lejos... Alta,
más alta está la estrella
de los sueños. Hay árboles.
con ramas secas...

Lo haría, ¿pero cómo?
Padre, tú que me piensas
niño—tu niño!—
y sobre las rodillas en tus sueños me sientas,
mírala bien los ojos
y, mimoso, interrógale con una voz más nueva:
—Mujer, dime, ¿dormía
sobre tu corazón la primavera?

Ausencia

Bien que siento la seda negra de tu mirada
rielar por sobre el agua triste de mi ternura.
Tu mirada en la ausencia me parece más pura
al diluirse en el ánfora de mi frente extasiada.

Tu imagen: una lámpara encendida en mi mesa
Tu recuerdo: un cilicio para el mal
pensamiento.
Baja la bendición en tu palabra y siento
las alas de tus manos tibias en mi cabeza.

Gaspar L. Benavento

Argentina. 1930.

Han muerto

(Envío del traductor)

Esto no es un poema,
esto es dos hombres con vestidos grises de prisión.
El uno, sentado, mira la carne enferma de sus manos,
manos que no han trabajado desde hace siete años.
¿Sabe Ud. cuán largo es un año?
¿Sabe Ud. cuántas horas tiene un día,
cuando se pasan veintitrés en el camastro de una celda
que forma parte de una fila, en un montón de filas de celdas,
todas vacías con la ahogada vaciedad de los sueños?

¿Supone Ud. los sueños de los presidiarios?
Sacco se sienta, mirando la carne enferma de sus manos,
manos que no han trabajado en siete años;
se imagina cultivando su huerto a la luz del atardecer,
recuerda el breve sonido metálico del azadón,
recuerda la silueta de la espalda de su esposa,
los rizos desordenados en la cabeza de los niños.
Sueños, infinita tortura de los hombres presos,
son recuerdos doloridos y ulcerados por tanto cavilar.

Vanzetti escribe una y otra noche de cinco a nueve,
revuelve torpemente, como perdido, las palabras extranjeras,
construye barricadas de papel con escritos de abogados,
declaraciones, hábeas corpus, confesiones,
palabras muertas de una lengua extraña
tomadas de la boca de autómatas vestidos de negro.

Ya están muertos,
los autómatas negros han vencido.
Su carne horriblemente quemada
se confunde con el aire de Massachusets,
sus sueños son llevados por el viento.

«Ya están muertos» el Secretario avisa, codeando al Gobernador;
«Ya están muertos» el Juez de primera instancia comunica quedamente al Juez de la Corte Suprema;
«Ya están muertos» un Presidente de Universidad repite a otro Presidente de Universidad.
Y una risa ahogada sale de los muertos;
pero de los muertos de cuello blanco; de los muertos de sombrero de pelo; de los muertos en traje de ceremonia;
entran a los automóvives, salen de los automóviles,
respiran a sus anchas al caminar,
aliviados, por las calles de Boston,
Estos dos hombres no tuvieron miedo de oler a podrido
en el aire de Massachusets;
su hálito aligera el viento,
su fuego ha quemado el olor a rancio
en el aire de Boston.

Diez mil ciudades respiraron su aliento
y se levantaron de los bancos de trabajo, dejaron caer las herramientas,
tiraron lejos del surco los arados
y gritaron en el viento airado que venía de Massachusets;
en esa enorme garganta de grito ronco, se oye el rumor de millones de seres que marchan hombro con hombro,
y el rugido de un canto repetido en miles de idiomas.

El carcelero los ató a la silla eléctrica,
el verdugo puso el switch
y los envió libres al viento;
ya no sueñan, ahora,
ya están libres de la asquerosa carroña de la prisión;
sus voces resuenan, devueltas en miles de lenguas, cantando una canción
que revienta los oídos de Massachusets.

Haga de esto un poema, si se atreve.

John Dos Pasos

(Lo tradujo G. G. G.)

Panorama de los movimientos estudiantiles de Latino-América y sus proyecciones

A García Monge.

LA proclama de los universitarios de Córdoba, en junio del 18, fué voz de apremio para toda una generación continental. En el manifiesto beligerante dirigido por el primer sector juvenil rebelado a los «hombres libres de Sur América» halló el estudiantado del continente expresión de sus inquietudes y de sus esperanzas. Sin contenido ideológico definido, sin precisa orientación programática, el movimiento argentino,—hecho a poco continental,—no fué en sus comienzos, como lo acusa certeramente Mariátegui, sino una explosión pasional. Reflejando el complejo sicológico de la generación europea post-bélica, los muchachos americanos insurgieron por la conquista de una vida mejor, que cancelara en los espíritus el recuerdo de la matanza imperialista. A este factor, digamos universal, se agrega otro, dinamizando con nervios de acción el sentido fuertemente matizado de misticismo del primero e imprimiéndole un acusado sello de ciudadanía americana: la necesidad para los nuevos, responsablemente aceptada, de arrancar a manos senectas y torpes los destinos políticos de nuestros pueblos. La primera etapa de lucha, por lógica elemental, fué dentro del aula. Era necesario libertarla de la tutela oficial y dignificar dentro de ella la posición del alumnado. De aquí que las conquistas iniciales de la reforma,—tanto en Buenos Aires como en Lima, en Santiago de Chile como en la Habana, cruzadas cumplidas dentro de los cinco años inmediatamente posteriores a la insurrección de Córdoba—, reposaron sobre sus tres postulados universitarios, tomando el concepto «universitario» en su sentido lato y señalando con urgencia que no es el profesado por el espíritu nuevo: docencia libre, asistencia libre y participación del alumnado en el gobierno del aula. En escaramuzas heroicas, cifras iniciales en la hoja de servicios de la generación más dinámica y leal a sí misma que ha dado América después de la forjadora de su independencia política, lograron los insurgidos imponer a la reacción sus postulados renovadores. La lucha fue áspera y necesitó actualizar ese «destino heroico de la juventud» que con tan orgullosa jactancia inscribiera en sus banderas el grupo de Córdoba. En la etapa preliminar de esa lucha estuvo compacto el estudiantado. Hasta los menos fervorosos se enrolaron bajo las banderas de la reforma, aspirando a derivar de ella pobres concesiones a su indisciplina y a sus mediocres anhelos de conocimiento. Para éstos, el sentido de la universidad nueva se definía por la reducción del control docente, por la menor cantidad de pruebas oficiales durante el año, por la poda de temas de estudio en tal o cual asignatura, por la concurrencia, en síntesis, de liberalidades que les permitieran llegar a la meta profesional,—adquisición de patente de corso para el asalto legalizado,—sin mayores esfuerzos. Cuántos soñaron con que la reforma no era una disciplina y un compromiso de acción, sino la fórmula cómoda para seguir «los cursos» en la forma preconizada por el estudiante de Salamanca, conocido personaje de la picaresca española: desde su «lecho», como los ríos. Era otro, más alto, más generoso y constructivo, el sentido de la empresa. En el espíritu de sus alentadores vigilantes,- los maestros José Ingenieros y Alfredo Palacios, como en el de los líderes de la cruzada,— González, del Mazo, Haya Delatorre, Ripa Alberdi, Gómez Rojas, etc.—ni siquiera la renovación de métodos pedagógicos y de sistemas de gobierno intra-universitarios eran considerados como objetivo primordial de la lucha. Tenían apenas el significado de una primera fase de ella. Trascendida, quedaba planteada la que daría contenido *humano* a la reforma: desplazamiento del estudiantado del aula a la plaza pública, para afrontar la solución de los problemas de su pueblo y de su raza, para actuar como factor de vanguardia en las luchas políticas nacionales y continentales. Esto es, el rol social de la reforma, «de la reforma que no quiere hacer del estudiante una casta parasitaria, sino que lo desplaza hacia la vida, lo sitúa entre la clase trabajadora y lo prepara a ser colaborador y no instrumento de opresión para ella», como escribe Haya Delatorre.[1]



Rómulo Betancourt (Madera de *Amighetti*)

La primera experiencia seria y responsable de la reforma realizada en el sentido que recién apuntamos, fueron las universidades populares ***González Prada***, creadas en Lima el año 21. Fué su fundador y vigoroso guía el líder Haya Delatorre, cuyo nombre hemos citado amenudo y citaremos aún, por estar vinculado a toda empresa de superación latino-americana de estos tiempos. El dinamismo y la constancia admirables de este compañero, lealmente reconocidos por su compatriota Eudocio Rabines en un bien documentado estudio acerca de la U. P., logró hacer de esta institución surgida de la reforma no un incipiente campo de experiencia sino un verdadero organismo de cultura proletaria; y tanto, que la Primera Conferencia Internacional de Maestros, reunida en 1928 en Buenos Aires, recomienda la creación de universidades similares a aquella en todo el continente, como eficaz medio de culturización de las clases trabajadoras. En las U. P., extendidas de Lima a Vitarte, Cuzco, Trujillo, etc., el estudiantado de vanguardia se acercó comprensivamente a las masas obreras. Con la vulgarización del marxismo revolucionario, realizada en forma perseverante desde las cátedras de las U. P., adquirieron las masas conciencia de clase y de la lucha de clases. El 23 de mayo de 1923 salían de las puertas de la «*González Prada*» de Lima, levantada al lado de la Universidad oficial de San Marcos, millares de proletarios, protestando, en defensa de los postulados de la revolución, de la farsa burocrático-clerical que pretendía colocar al Perú bajo el patronato remoto y discutible del Corazón de Jesús e inmediato y cierto de la curia romana. Funcionaron las metrallas del «civismo» en defensa de la «religión» y del «orden». La sangre estudiantil y la sangre obrera corrieron por un mismo cauce, bautizando esa masacre criminal,—y ya para todos los tiempos de América-Latina,—la solidaridad de las vanguardias universitarias con las masas de explotados. La reacción volvió por sus fueros. Haya Delatorre fue deportado; y con él, los más vigorosos colaboradores en la obra de reforma universitaria y en el sostenimiento de las U. P. Dentro de las universidades oficiales, la reacción recobró sus abandonadas posiciones; y de las conquistas logradas por los reformistas sólo queda hoy como irónica concesión, la concurrencia nominal del estudiantado al gobierno del aula, nominal por cuanto las delegaciones estudiantiles ante los consejos universitarios tienen voz deliberativa mas no voto resolutorio.

El ejemplo de la «enérgica» actitud de don Augusto Leguía fue piedra de toque para actitudes semejantes ya elaboradas en otros despachos gubernamentales de Latino-América. La «gendarmería tropical», que dice Henri Barbusse, piensa y obra con ejemplar solidaridad. (Parapillos, Ginés de Pasamonte, toda la «gente forzada del Rey que iba a galeras» renunció a cualesquiera diferencia personal que la separara cuando llegó la hora de apalear y de robar en común). Siles ametralló estudiantes y obreros en las calles de La Paz. Machado encarceló, asesinó y deportó líderes estudiantiles y obreros; y reintegró el aula a la tutela oficial por vía de decretos ejecutivos, el último de ellos,—desplazando al estudiante del gobierno universitario,—firmado en los mismos días en que se hacía titular por un cuerpo profesoral indecoroso y servil, doctor *honoris causa* de la Universidad de la Habana. En Chile, Alessandri primero y la dictadura fascista de Ibáñez luego, cancelaron las conquistas de la reforma. En Colombia, la reacción, más disciplinada que en ningún otro pueblo del continente porque tiene su reducto en la oligarquía clerical hecha gobierno, resistió sin ceder ni una línea los asaltos de las izquierdas insurgidas, en cuyos rangos militaba una juventud apta doctrinariamente como pocas de América: por eso, jamás logró el estudiantado colombiano renovar el espíritu de las universidades oficiales, donde imperan aun anacrónicos y ortodoxos principios de disciplina claustral. Ni siquiera en la Argentina, donde se libraron las más recias batallas ideológicas por la reforma y de donde salió la palabra nueva a conquistar voluntades y conciencias, se han realizado integralmente los postu-

(1) *Por la Emancipación de América Latina*. Haya Delatorre. Buenos Aires 1927.

lados proclamados el 18. En su más reciente obra,[1] el compañero Julio V. González, líder de la reforma argentina y uno de los teóricos más autorizados del movimiento, constata el hecho de que sólo en la Universidad de Buenos Aires se cumple uno de los postulados primordiales del movimiento reformista: participación del estudiantado en el gobierno de la república universitaria; y aún aquí con el vicio, lesionador de su estructura democrática, de haberse suplantado la representación de profesores «auxiliares», necesariamente solidarizados por vínculos corporativos con los «titulares», al antiguo estrato de estudiantes diplomados. Como dato significativo señalamos la circunstancia de ser la Universidad de Córdoba, la misma a quien correspondió la iniciación del movimiento, donde la reacción se ha afirmado mejor.

Cumplida esta somera exposición de hechos, conocidos perfectamente por todas las gentes cultas de América, se impone un trabajo de síntesis. Enfocado el panorama con criterio simplista,—el criterio eficaz de Perogrullo y compañía,—el balance es inquietante y desalentador. Poco queda en pie,—sigamos de la mano de estas gentes sencillas que desconocen el sentido de profundidad—de los esfuerzos. de las luchas, de la sangre vertida para hacer triunfar los principios de reforma universitaria, nebulosamente esbozados en la proclama de Córdoba y mejor delineados en el ejercicio de la lucha y en sus experiencias hasta constituir hoy una doctrina, una *posición*, como bien la define Rébora. En este, como en todos los casos, fracasa el criterio de los que pretenden aplicar una estimativa rudimentaria, matizada de sospechoso pragmatismo, a los resultados de un esfuerzo de superación. La reforma cumplió su rol histórico. Ella definió las posiciones de lucha de una generación y templó en sus revueltas los espíritus del grupo de líderes que hoy forma de avanzada, leales a sí mismos y a los postulados reformistas, en el frente revolucionario y antiimperialista. Ella, con sus disciplinas de acción, con sus conquistas y, sobre todo, con sus fracasos, creó una táctica de lucha, aprovechada a conciencia por nosotros, los que ahora decimos nuestra palabra y recién empezamos a cumplir nuestro rol.

2.— Los universitarios de Venezuela no respondieron al llamado de la reforma. No tenían universidad que reformar. Desde 1912 permanecía clausurada el aula, por decreto ejecutivo de Gómez, refrendado por el entonces Ministro de Instrucción Pública, doctor Tadeo Guevara Rojas. El régimen «rehabilitador», predominio sobre la porción civilizada de Venezuela de la horda y de la mentalidad de la horda, se ha caracterizado siempre por un odio implacable a la cultura, a la ciudad. Por eso, cuando los vientos frondistas de la reforma agitaron la conciencia nueva americana, la familia universitaria de Venezuela estaba dispersa. En la Rotunda arrastraban *grillos* algunos de sus líderes; otros formaban ya en las filas de la emigración revolucionaria; los pocos que habían logrado eludir las persecuciones de la dictadura se hallaban imposibilitados para intentar una acción de grupo, ya que el estudiantado de las distintas facultades estaba diseminado en los cuatro o cinco locales particulares donde aquellas funcionaban. Expulsados del hogar común, clausuradas por disposiciones policiales sus centros y sus órganos de publicidad, impedidos de ejercer los derechos de asociación y libre crítica, los que formaban en la generación que precede a la nuestra no pudieron decir su palabra de solidaridad con los hombres que, a la misma hora, afirmaban la unidad ideológica del continente. Sin embargo, la reforma-función, la reforma como llamado y norma de lucha social, se realizó en Venezuela antes que en ningún otro pueblo del continente, sin exceptuar a los que estuvieron de vanguardia en los debates doctrinarios. Los estudiantes caraqueños, sin previa declaración de principios, actuaban en el mismo año 18 en el sentido de actualizar sobre la realidad social lo que en esa hora era apenas antevisión en los más alertas espíritus reformistas: el rol político de la universidad. Relatemos hechos. La pandemia de grippe que asoló al mundo a mediados del 18 causó en Venezuela terribles estragos, explicables porque en nuestro pueblo la higiene pública es otro de los tantos mitos en que se funda un régimen de gobierno sin sentido de previsión nacional. Gómez y sus corifeos de borla y de sable, desprovistos de la más elemental noción de responsabilidad, huyeron desesperadamente de las posibilidades de contagio; y aislados por un cordón militar del resto de la república, contemplaron impasibles desde un lejano pueblo del interior del país,—San Juan de los Morros,— la tragedia de Caracas. Abandonada de los recursos oficiales, la ciudad enterraba todos los días millaradas de sus habitantes. Desde su anonimia vigilante surgió entonces el estudiantado. Desplazando a teóricas «cruces rojas» y a espectaculares «juntas de socorro», los estudiantes asumieron la solución de los problemas derivados de la peste. La labor cumplida por el grupo fué formidable. Miles de proletarios fueron librados de la muerte por la muchachada idealista y briosa, que se impuso el deber de asistir a su pueblo en la hora de la prueba. En los dispensarios, día y noche; distribuyendo medicinas y alimentos en las barriadas pobres; trasladando cadáveres a los cementerios; abriendo ellos mismos las fosas donde enterrarlos. Y por debajo de esta labor heroica, otra, paralela, de agitación política. Enfocando el doble aspecto de esa fervorosa empresa de juventud, escribe José Rafael Pocaterra «... el heroísmo de los muchachos de la universidad, perseguidos, disueltos, ultrajados, desposeídos del derecho a una profesión,—pues que el bárbaro había clausurado la universidad desde siete años antes—aquellos niños, última reserva de una sociedad que se marchitó sin florecer, aquellos niños que han enterrado sus líderes con marcas de grilletes en las piernas y devorado su angustia ante el prestigio insolente de media docena de idoletes académicos, aquellos adolescentes blasón de la raza, orgullo santo de la madre material que los parió y de la patria nutriz de sus ideales, mientras conspiraban para la caída del déspota miedoso, cumpliendo dos santos deberes en un solo impulso, lanzáronse al socorro de la ciudad procera»[1]. La peste fué conjurada. Las masas populares se sintieron más cerca que nunca del estudiantado, después de la labor cumplida por éste en momentos aciagos. En esos mismos días tuvieron ocasión de demostrarlo. En la fecha del onomástico de Alberto I de Bélgica, organizó la federación de estudiantes una manifestación de simpatía y de solidaridad con el pueblo belga, el más sacrificado en la matanza imperialista de 1914. Sin ahondar en las características económicas del conflicto mundial, transidos por aquella aura mística que despertó en la humanidad la fraseología cuáquero-pacifista de Wilson, ingenuamente convencidos de que el abatimiento del imperialista teutón significaba el triunfo de la «justicia» y del «derecho», los muchachos de la universidad seguidos de multitudes enfervorizadas, se echaron a las calles, portando las banderas aliadas y vitoreando a Bélgica, a Francia, a Italia. Gómez era furibundo germanófilo. La brutalidad teutona, patrón de su propia brutalidad, y algunos millones de marcos depositados en los Bancos de Berlín, le solidarizaban con la causa de Alemania. Esto bien lo sabían los universitarios; y por eso, su manifestación ententista respondía también al propósito de definir una posición de divorcio con el criterio oficial. La manifestación no recorrió muchas calles. Los batallones policiales, revólver y macana en mano, surgieron a poco para disolverla. Estudiantes y obreros fueron masacrados. Los representantes diplomáticos de los países aliados, a excepción de Leonard Bourseaux, no aventuraron ni la menor protesta por este atentado ni por las numerosas prisiones de líderes que le sucedieron. Meses después de esta manifestación, ya el vasto trabajo conspirativo que se venía realizando llegó a su fin. A una voz, se movería aquel engranaje pacientemente construído. La misma noche del golpe, faltando apenas minutos para realizarse la acción que salvaría la república, fueron denunciados los conspiradores por un militar traidor. Toda la plana joven de la milicia nacional, intelectuales, estudiantes y obreros

(1) *La emancipación de la universidad.* Julio V. González. Buenos Aires. 1929.

(1) *Memorias de un venezolano de la decadencia.* José Rafael Pocaterra. Bogotá. 1927.

en enorme cantidad, fueron encarcelados esa misma noche y durante los días subsiguientes. La dictadura inició una etapa terrorista tan intensa como no se tenía antecedente en la historia de los despotismos venezolanos. El *tortol* y el arsénico se pusieron a la orden del día. Dos años después, un 75 % de los encarcelados había fallecido de «muerte natural»[1]. Los que salvaron su vida continuaron por muchos años soportando *grillos* y torturas en las celdas «rehabilitadoras.» Desde entonces, hasta principios de 1927, no fue posible la reorganización de centros estudiantiles, ni mucho menos de una federación nacional de estudiantes. En la fecha apuntada, velando con hábiles sofismas la finalidad de la agrupación en el proyecto de reglamento presentado a la censura oficial, logramos permiso para agruparnos. La F. E. V., se organizó de inmediato. Era necesario un distintivo del grupo; y la boína vasca arropó nuestras cabezas. Menos trascendente que el capelo de Oxford o que el manto de Heidelberg, el distintivo universitario se conquistó de inmediato carta de ciudadanía caraqueña. No por acaso escogimos la gorra de Vizcaya como señal del grupo. Era un distintivo que no tendía a aislarnos de la multitud sino a meternos dentro de ella. Por su filiación proletaria nos distanciaba resueltamente de la chistera burguesa. Más allá del hecho simple de diferenciarnos de los hombres grises, que urgidos de apetitos y de miserias pequeñas cerraban los ojos ante la bancarrota de la república, se agitaba una cuestión de ideología en el criterio electivo que nos guió. Comenzamos a actuar. A principios del 28 decretamos la Semana del Estudiante. El programa de festejos nada sugería. Era delicuescente, patriotero: ofrendas florales sobre la huesa de los libertadores, veladas líricas, batallas de flores, bailes sociales... *Muchachadas*, sentenciaron los teorizantes de la acción, escépticos de prestado, discípulos de un Bergeret lamentablemente traducido al criollo. Desde la iniciación de la Semana, el gobierno y las multitudes supieron de qué se trataba. Alto y recio dijimos nuestra palabra de rebeldía, oída con espectante fervor por las masas. Resueltemente, en discursos y poemas, en veladas de teatro y en mítines de plaza pública, agredimos al régimen y a sus hombres. La reacción no se hizo esperar. Los cuatro universitarios que habíamos alzado demasiado la voz, los que en forma más franca definimos la posición de la juventud, fuimos a la cárcel, con 90 libras de hierro a los pies. Solidarizándose con los encarcelados, el resto del grupo, respaldado en todo momento por las masas populares urbanas, inició una serie de manifestaciones hostiles a la dictadura. Durante varios días hubo un paro general en Caracas. El obrerismo, escaso en un medio poco industrializado, desorganizado al extremo de no estar agrupados sino muy pocos de entre ellos en los rudimentarios sindicatos profesionales de auxilio mutuo, abandonó en masa los talleres y las fábricas; y, sin cajas ni comités de huelga que los respaldaran y dirigieran, empujados sólo por su propia desesperación, se lanzaron a las calles, a batirse a pedradas contra las metrallas que hacían funcionar «enérgicamente» los depositarios de la «paz». Los estudiantes, en número de 300, e incontable cantidad de obreros, fueron encarcelados. En abril nos libertaron, presionada la dictadura para hacerlo por la corriente de opinión interna y por las protestas sustentadas en el exterior por hombres, periódicos y asociaciones libres. A los pocos días de estar libertados, en combinación con un grupo de oficiales jóvenes y con los cadetes de la Escuela Militar, asaltamos a tiros el cuartel de Miraflóres. Cuatro de los más impenitentes lacayos de sable del gomezolato quedaron tendidos. Una delación de última hora nos impidió cumplir la segunda parte de nuestro plan—asalto por sorpresa del Cuartel San Carlos, donde estaba concentrado todo el parque,—y tuvimos que retirarnos de Miraflóres, dejando muerto a uno de los nuestros y heridos o presos a otros más. Perseguidos activamente los dirigentes del fracasado movimiento, nos exilamos los que logramos evitar ser reconocidos por el servicio de espionaje establecido en todos los puertos de la república. Otros ingresaron a la Rotunda o al Castillo de Puerto Cabello, con el clásico par de grillos. A esta etapa de represiones violentas siguió un período de aparente inactividad en los rangos estudiantiles. Todo parecía indicar que la actitud del estudiantado había sido exaltación jacobina de un momento. En los primeros días de octubre demostró lo contrario. En un breve memorial, donde se invocaba el derecho de petición que a los ciudadanos de la Unión garantiza la carta política vigente, exigió del gobierno la inmediata libertad de los encarcelados, estudiantes, obreros, militares, profesionales. La respuesta de la dictadura fué inmediata. 91 universitarios, los firmantes del memorial, fueron arrestados por la policía y deportados a una lejana región del país condenados por la voluntad del «Jefe» a trabajar en la construcción de un camino carretero. El 11 del mismo mes organizó el resto de estudiantes federados una manifestación de protesta popular por la deportación de sus compañeros. Disciplinados por las consignas del comité organizador, los manifestantes no lanzaban vivas. Era un desfile silencioso, austero, integrado por miles de ciudadanos, a cuya cabeza, con el pabellón de la F. E. V., iban los estudiantes. La barbarie entró en acción. Eustoquio Gómez, pariente del déspota, acompañado de un grupo de los más feroces «leales» del régimen, con el respaldo de un escuadrón de gendarmes montados, hizo fuego contra la multitud. Numerosos ciudadanos y estudiantes cayeron, heridos por las descargas nutridas de aquellos «valientes» o atropellados por las bestias de la soldadesca. Los que se salvaron de la masacre fueron encarcelados; y en partidas sucesivas, enviados al sitio de deportación donde se encontraba ya el primer grupo. El aula quedó vacía. Si apenas continuaron concurriendo a ella uncs cuantos hijos de hombres del régimen. Durante doce meses, bajo sol y bajo lluvias, mal alimentados y peor tratados, los estudiantes estuvieron abriendo en plena montaña el camino por donde ya está en marcha la revolución. El golpe de los picos no mordía solo la tierra de la región dura y soleada; hasta la conciencia de las masas, despertándolas de su letargo esclavo, iban las puntas aceradas. Desde comienzos del año 29 los movimientos populares armados se sucedieron unos detras de otros. José Rafael Gabaldón, Arévalo Cedeño, Dorta, encabezaron esos movimientos. Urbina, Machado, un grupo de universitarios desterrados, los obreros venezolanos de la Royal Dutch, asaltaron en junio la fortaleza Wihelmina, en la colonia holandesa de Curazao; y, luego de castigar con esa acción las complacencias del imperialismo con la dictadura gomecista, llevadas al extremo de ser la policía curazoleña una avanzada en el caribe del régimen que despotiza a Venezuela, invadieron sobre la costa occidental del país, en un barco mercante americano del que se apropiaron a las guapas. En agosto, Delgado Chalbaud y los expedicionarios del ***Falke*** desembarcaron en la costa oriental de la república; y si detalles de técnica hicieron fracasar la expedición queda de ella el ejemplo heroico de los que se dieron en sacrificio, lecciones por aprovechar para cuantos estamos compactos y resueltos a ir de nuevo a la acción armada y pruebas renovadas de que el pueblo venezolano está dispuesto a cancelar con la revolución, a todo trance, cueste lo que cueste, al régimen feudal y despótico que lo rige. El problema político de Venezuela por obra de la acción inicial del estudiantado, con la cual se solidarizaron de inmediato las masas populares, queda planteado en tal forma que no tiene sino una sola y única solución: la revolución; y la revolución se hará, aun cuando se confabule contra nosotros la internacional imperialista y sus agentes reaccionarios y traidores que son hoy poder en todos los pueblos de Latinoamérica.

Rómulo Betancourt

(Envío del autor)

(Concluirá en la próxima entrega)

(1) Pocaterra incorpora este dato al expediente de la barbarie andina; y comenta: «Ni las pestes antiguas, ni las guerras modernas, arrojan un porcentaje tan aterrador de víctimas.» *La tyrannie au Venézuéla. Gomez, la honte de l'Amerique.* Andre Delpeuche. París. 1928.

Imperialismo y cinematógrafo

El monopolio se acaba

(Envío de don *R. Fernández Guardia*)

En un gran *music-hall* parisién, transformado ahora en sala cinematográfica, se ha suscitado un gran escándalo al proyectarse por primera vez una película americana sonora. Los personajes se producían en inglés, o en ese idioma parecido al inglés, que hablan los yanquis. Y como el público no los entendía, promovió un alboroto de índole tal, que hizo precisa la intervención de las autoridades policíacas. He ahí un caso en que el nacionalismo francés está plenamente justificado. Fuera de la gente superficial, para la que toda novedad exótica debe ser acogida con entusiasmo, sin que sea lícita someterla a cuarentena en lo moral ni político, ni a Aduanas en lo económico, es evidente que hay en Europa un núcleo importante de espíritus reflexivos que se da cuenta de lo ominosa que resulta la influencia norteamericana ejercida en el mundo mediante la cinematografía. ¿Qué sucedería si en los principales Estados europeos se hiciera público que los periódicos más importantes en su totalidad y los de rango secundario en su mayoría, hubieran sido comprados por un país extranjero para utilizarlos como instrumentos de propaganda? Lo probable es que se adoptasen disposiciones legislativas para hacer frente a esa corrupción, y que se tomasen medidas adecuadas para contrarrestarla. Esos periódicos podrían tener los mejores grabados, las más extensas informaciones telegráficas, la colaboración más selecta y retribuída. Tanto más representarían un peligro cierto para la independencia espiritual de las naciones donde aparecieran. Mediante ellos se podría modelar a voluntad de un grugo de capitalistas o de un Gobierno extranjero, la opinión susceptible de dejarse influir por la letra impresa. Y es claro que esa labor no se haría de modo brusco, que pudiera ser claramente advertido y denunciado, sino paulatinamente, al modo que opera una lima sobre una materia dura, desgastándola hasta pulverizarla. La tarea se realizaría tomando a broma o satirizando los ideales fundamentales de cada nación, haciendo entrever como mejores los que convinieran a la cuadrilla de capitalistas invisibles, silenciando lo que dentro de cada país pudiera despertar entusiasmo, fomentando, en fin, las fuerzas de dispersión que hay latentes en el seno de todas las sociedades humanas.

Pues algo por el estilo, sino que infinitamente más grave, está acaeciendo con el monopolio de hecho que los americanos ejercen en la cinematografía. Porque, al fin, los periódicos se dirigen—sobre todo en pueblos como el nuestro—a una parte de la sociedad tan sólo, la que sabe y quiere leerlos. Mientras que el cinematógrafo opera sobre la totalidad de las masas, hasta de las analfabetas, con fuerza persuasiva incomparablemente superior a la palabra escrita. Allí donde no llegan los diarios ni las revistas nacionales, aparece con eficacia la pantalla en que se proyectan las imágenes que el ingenio yanqui considera adecuadas para la exportación. Y el rudo aldeano, que no sabe leer la historia de su Patria, conoce perfectamente el heroísmo habitual de los *jayanes* norteamericanos, y la generosidad de la empresa que ampara bajo sus pliegues la bandera de las barras y las estrellas.



Foto de *Tina Modotti.*

Si la propaganda se limitara a difundir las glorias militares de Norte América y el valor personal de sus hijos, todavía sería inocua. Donde el peligro comienza es en cosas menos grotescas; en ciertos ideales de la vida, en la densidad de la atmósfera moral, en la textura de los vínculos conyugales y familiares, en la glorificación de un tipo femenino entre infantil y prostibulario, en una porción de ideas difusas, que se vierten dentro de cada país como disolventes. No digo que esos ideales sean inferiores a los propios de los demás pueblos. Lo cierto es que son diferentes. Y parece anómalo que organismos vivientes, como las naciones, no reaccionen contra las fuerzas exteriores que tratan de destruirlos en lo esencial, de arrebatarles su personalidad y darles la poco lisonjera de comparsas.

Pues, ¿cómo se explica que los Gobiernos, tan celosos de defender la independencia nacional en lo externo y visible, que en el caso de una captación total de la prensa procederían a censurarla o suprimirla, se crucen de brazos ante ese hecho de que sea un país extranjero quien tenga en sus manos el medio más eficaz y constante de propaganda en lo interior de cada nación, y vaya introduciendo en ella sus propios apetitos, acostumbrando a las masas a la idea de su indiscutible superioridad moral, ejerciendo, en fin, una influencia que va desde la ornamentación capilar de los rostros masculinos al cariz general de almas de ambos sexos?

Lo que los Gobiernos, por falta de sensibilidad para valorar los imponderables no han hecho, comienza a iniciarlo el público, que se ha dado cuenta de lo que significa ese monopolio yanqui. Esa es la razón profunda del enojo que a los espectadores franceses les ha causado la impertinencia de querer imponerles, a pretexto de divertirlos, la lengua de un país imperialista. Porque la película sonora, en jerga yanqui, constituye una tentativa más de americanizar el mundo. Donde no se puede introducir ese idioma por la fuerza—como en Puerto Rico, Filipinas, Haití—se trata de darlo disuelto en una diversión, a fin de que se vaya despertando la apetencia de conocerlo. Uno de los grandes dirigentes de la producción cinematográfica alemana — M. Millakowski — acaba de realizar un viaje a París, para formalizar el intento de emancipar a Europa del monopolio cinematográfico ultramarino. A esa tentativa ayudará la curiosidad que el público siente por los *films* sonoros.

En el silencioso, el monopolio se pudo establecer, y se mantuvo fácilmente. Fué una cuestión de dólares. Y, además, ejercía su influjo con cierto pudor, con cierto respeto a los demás pueblos, puesto que para los epígrafes adoptaba su lengua en cada caso, y así no desenmascaraba la intención de colonizarlo. Mientras que desde el momento en que se ha pretendido introducir con las películas el idioma extraño, la sensibilidad de los públicos que no la han

perdido totalmente, se han rebelado contra lo que parece un propósito humillante. Aquí el capitalismo norteamericano ha tropezado con resistencias espirituales, de las que no se vencen con dinero. Ese exceso de imperialismo ha llevado en sí mismo el remedio adonde quería llevar el mal, puesto que ha hecho reaccionar violentamente a las muchedumbres.

«Quiéralo o no—dice Gastón Thierry, en un estudio reciente—el cinematógrafo americano va a nacionalizarse, y su acción exterior, por lo mismo, a disminuir». Por consiguiente, opina, decrecerá su influencia en el extranjero. Y este es el momento de que cada nación—sobre todo las que tienen, como la nuestra, tantos elementos adecuados—recupere la dirección de ese poderoso instrumento de propaganda, por lo menos allí donde el idioma sería para ello una ventaja, y un obstáculo para sus posibles concurrentes.

Juan Pujol

(*ABC*, Madrid.)

Paul Groussac

(*Viene de la página 168.*)

iniciados y catecúmenos, fé ciega y religioso fervor.

Se le motejó de áspero y atrabiliario; quizá lo fuera alguna vez; pero los que supieron bucear en su alma, pudieron constatar que la fama de «ogro» condensada en su torno sumó una injusticia más a las muchas que tuvo que padecer aquel «griego de Focea»,—saturado de esplín y amargura,—que bregó desde la juventud para que hubiera más armonía y menos brutalidad sobre la tierra.

Y ese hombre, verdaderamente excepcional en este ambiente y en cualquier otro; factor de civilización superior en la «desolada pampa espiritual», libró durante medio siglo formidables batallas por los fueros del Arte, depurando el idioma y adaptándolo a todos los matices del pensar y del sentir modernos.

Amó a la patria adoptiva como a la propia. Pudo hacer historia y supo escribirla. Y nuestros libertadores, estadistas y poetas hallaron, por fin, «su» biógrafo.

Avellaneda le tuvo en gran estima, Mitre lo consultaba a menudo sobre puntos oscuros de nuestros orígenes coloniales, Sarmiento permitía que podara, *ad libitum*, en sus frondosos manuscritos.

Camarada inseparable de Pellegrini, de Goyena, de Cané; digno continuador, de este lado del Océano, de la obra cultural del Colegio de Francia y los enciclopedistas; heredero de Renán y Taine, murió en su Biblioteca, en un atardecer tranquilo, rodeado de universitarios y discípulos, pero sin los honores máximos a que era acreedor,—de pueblos y gobiernos,—tan alto espíritu!

Llegará también para Groussac el día de la apoteosis. Y a pesar del silencio oficial que cubrió sus despojos, en la melancólica tarde del postrer adiós, tendrá su estatua, símbolo de inmortalidad, en el seno de la que faé antes «Atenas» del Plata y es hoy,—aunque nos pese,—«Cartago» argentina.

En la barca, en que libre ya de la envoltura mortal, surca ahora el aeda la inmensidad celeste, grabemos el viejo lema sajón, que los antiguos argonautas esculpían en la proa de su naves:

Para los grandes navíos el vasto mar!

Luis Berisso

Julio 5 de 1929.

Tablero
= 1930 =

Hay un joven... hay un joven preocupado en la Escuela Normal que ha escrito una carta a nuestro excelente colaborador Juan del Camino, a quien se la trasladamos. Dice así:

Del pensar de los jóvenes... y el porvenir de la patria

Para *Juan del Camino*

Desde hace algún tiempo, con gran interés, vengo siguiendo los artículos que desde las columnas del *Repertorio* nos brinda la pluma de Juan del Camino, seudónimo detrás del cual posiblemente ocúltase uno de nuestros más prestigiados valores patrios.

Atendiendo a las exhortaciones que a la juventud de nuestro país hace el aludido escritor, en uno de sus últimos artículos, y de acuerdo con sus admoniciones, permítome comentar, como joven idealista, algunas de sus apreciaciones, ya que ellas están inspiradas en el bien y progreso de la cultura juvenil y por ende, en el verdadero patriotismo. Adolecemos, es cierto, los jóvenes de un marcado desdén por la lectura, fuente capaz de hacernos surgir y aspirar a un ideal más alto que el de los trillados ideales de la mediocridad.

Pero la juventud no comprende esto y hace caso omiso de ello. Y de ahí que sean los menos quienes visiten nuestras bibliotecas, y los más ruedan por la superficial labor del *jazz-band*, las *poses valentinescas* y el donjuanismo. En esto estriba precisamente el mal; y de aquí arranca el marcado desdén con que nuestros jóvenes miran los problemas de su propia patria.

Es absolutamente necesario que la juventud lea, si quiere progresar, ya que el medio en que vivimos no puede ofrecernos una brillante educación; nuestros intelectuales, en lo de más valor, han sido autodida ctas; ¡sigamos la ruta trazada por ellos!...

El tipo corriente de nuestro estudiante concrétase a satisfacer las exigencias del profesor y no poseemos, con muy raras excepciones, el educando que en sus horas de asueto experimenta, indaga, etc.; en remoto caso la hoja diaria, como dice Ugarte: «Parece bastar para satisfacer las curiosidades de la mayoría. Y es inútil decir que los diarios, por excelentes que sean, no alcanzan a consolidar una opinión filosófica». Y es verdaderamente doloroso que los jóvenes que tienen el hábito de leer, derrochen el tiempo en novelas de folletín; el eclecticismo en la lectura es necesario que se haga un hábito en nuestra juventud. Cuántos jóvenes, después de haber pasado los umbrales de un colegio, aún salen ansiosos de Xavier de Montepin y Carlota M. Braemé.

A propósito: ¿cuáles libros aconsejaría usted a la juventud estudiosa de Costa Rica?

Debemos acercarnos a los grandes maestros, tratar de asimilar sus sabias enseñanzas como norma en nuestra vida e ideales.

Somos escépticos del ideal; los centros educativos de nuestro país se debieran preocupar más por la enseñanza idealista, compaginándola con la practicista, que es la que predomina en nuestro medio.

Ud. recomienda a Ruskin, maestro por excelencia de juventudes, que a su criterio: «Enseña a vivir con dignidad, a sentirse relacionado con el mundo por poderes que no tienen su origen en la mugre sino en una luz que se irradia tan lumínosa y pura como las de las constelaciones de lo alto».

Hubo un gran maestro que pensaba como usted; extinto para desgracia de la juventud costarricense y para beneplácito de algunos mediocres políticos nuestros (Ud. sabe a quién aludo). Díjome cierta vez: «Busque a Ruskin, él le enseñará la senda de la vida».

Es necesario que se oiga la voz de la juventud, que se perfile una generación robusta, pletórica de entusiasmos; porque sólo ella es capaz de renovar la patria; pero antes sería bueno extirpar ese oleaje de *flaperismo* en que se envuelven nuestras mujeres, porque dada la función a que están destinadas, son factor importantisimo en el porvenir de los pueblos.

Los jóvenes deben leer a Ruskin y preocuparse menos por los artistas de moda de Hollywood.

Urge reivindicar a nuestro pueblo del masoretismo político en que vive (hay jóvenes capaces de llevar al éxito los destinos patrios), y esto lo puede llevar a cabo la juventud si a ello se propone; porque juventud, como dice el gran argentino. «es el empuje ciego hacia el ideal, la rebelión del pensamiento contra el absurdo y el grito alegre de los que están de acuerdo con su conciencia». Muchos de nuestros jóvenes no van más allá del bienestar personal, empecinados en ciertos atributos sociales, y por esto miran a la colectividad de soslayo; ingresan a una Universidad, no porque sientan in linación por tal o cual profesión; se hacen doctores, porque de esta manera gozarán de un privilegio social y la vida les será más o menos cómoda.

Cuántos de nuestros escritores juveniles aspiran a una curul diputadil, no porque vayan a defender tal o cual principio, sino que ansían ser diputados por ser diputados, sin con-

ciencia exacta de la labor que allí van a realizar.

Yo he oído decir a más de un joven lo siguiente: yo quiero estudiar derecho porque el abogado goza en Costa Rica de ciertos privilegios; y al que ostenta un título de esta clase, se le cree capacitado para desempeñar determinados puestos públicos.

Los jóvenes debemos tener más conciencia de nuestra misión, es decir, ser más entusiastas por ciertos movimientos en que se juegan los intereses de la nación; por eso debemos ir a las masas, ya que ellas no vienen a nosotros, si queremos renovar nuestros poderes. Los grandes hombres débense íntegros a la colectividad, porque la vida superior no es personalista, sino que converge al bien común.

Nuestra patria atraviesa actualmente por uno de los recodos económicos difíciles de su historia. Los economistas del país tendrán que recordar las palabras de aquel hombre que con criterio de educador, dijo:

«Que el problema económico lo es fundamentalmente de cultura»; y éste lo puede subsanar la juventud si empeño pone en ello; en nuestras manos tenemos el presente; nuestro también es el porvenir; sembremos la simiente, ahora, para que en el futuro se convierta en realidad.

Vivamos menos de leyenda; somos los obreros del porvenir, en nuestros fuertes brazos tenemos el nuevo advenimiento de la patria; breguemos hacia el futuro con optimismo, seguros de triunfar.

Rafael Arguedas Murillo

Tarjeta

Niza, 8 de febrero de 1930.

Mi querido García Monge:

Gracias por los libros que amablemente me envía con esa inclinación generosa y superior de su selecto espíritu.

Transmita mis sinceras felicitaciones a Julieta Puente. En cuanto a los escritos de Omar Dengo, ¡qué bien han hecho ustedes en publicarlos! Yo conservo un recuerdo imborrable de aquel hombre entusiasta, lleno de talento y de lirismo, que me presentó al público del Frontón Betti-Jai en las circunstancias que Ud. recuerda en el último número de *Repertorio*.

¿Recibió Ud. mis *Mejores Páginas*? Si no llegaron, repetiré el envío.

Su viejo amigo y admirador,

Manuel Ugarte

Y gracias por todas las gentilezas de la Revista.

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Del autor: *El dueño de los astros*, por Ernesto Silva Román. En la serie ***La Novela Nueva***. Santiago de Chile.

Nos llega: *Siete amapolas silvestres*, por Luisa Ferrer. 1925. Buenos Aires.

De la Sociedad **Renovación**, difusora de la cultura general, Pto. Plata. Rep. Dominicana: *El arte musical y el Estado*. Necesidad de un plan orgánico en la enseñanza de la música. Por J. M. Rodríguez Arreson. 1929.

Los tomos II y III de los *Documentos referentes al Proyecto de Ley del Petróleo*, presentado por el Gobierno al Congreso Nacional en las sesiones de 1929, nos llegan; editados por la Biblioteca del ***Boletín de Minas y Petróleo***. Ministerio de Industrias, Colombia.

Letras se llama una revista de arte y literatura que se edita en Santiago de Chile. La redactan firmas muy recomendables: Angel Cruchaga Santa María, Salvador Reyes, Manuel Eduardo Hubner, Hernán del Solar, y Luis Enrique Delano. La estimamos, dejamos establecido el cambio.

Manual del Tornero, Edición No. 28.

La casa South Bend Lathe Works de South Bend, Indiana, E. U. A. acaba de publicar en español, una edición nueva del bien conocido libro *Manual del Tornero*, para uso del mecánico aprendiz que se interese en la mecánica del metal en los talleres de los países Latino-Americanos. Es un libro autorizado que describe los principios fundamentales para manejar el torno moderno, y tiene ilustraciones de 200 métodos modernos de utilizar el torno en la práctica. Contiene informes completos sobre el montaje, cuidado y manejo del torno, y describe las maneras de utilizar las distintas herramientas para medir, montar, y trabajar piezas en el torno.

La primera edición de este libro se hizo en 1914. En los últimos quince años se ha mejorado, según lo han exigido los adelantos de la industria y las nuevas operaciones que se han hecho posibles en el torno. Actualmente es uno de los libros más prácticos y autorizados que se puede conseguir para la instrucción sobre la mecánica del metal.

El *Manual del Tornero* se publicó originalmente para uso de los principiantes en los talleres de mecánica, pero ahora se usa también en las escuelas industriales del mundo entero. Se están usando más de un millón doscientos cincuenta mil ejemplares de éste libro en las escuelas vocacionales, los colegios de ingeniería, y los establecimientos industriales de los Estados Unidos y varios otros países.

El costo de preparar, traducir, e imprimir éste libro ha sido tan alto que no es conveniente suministrarlo gratis. Por consiguiente, se remitirá un ejemplar a quien lo solicite, al recibo de 25 ctms. en moneda o timbres de cualquier país.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.)



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias para muchachos

Suplemento al Repertorio Americano

Indice del Tomo VI

Se vende a ₡ 1.50 el ejemplar. Diríjase a la Imp. y Librería Alsina.

En breve se comenzará la esperada edición del Epistolario de *José Martí. Uno de los compiladores: Don Félix Lizaso (Apto. 2228, La Habana. Cuba) nos pide que digamos a cuantos nos leen en América, que si guardan cartas de Martí, o saben de alguien que las guarde, quieran sacar y dar copia de ellas. Se trata de una obra interesantísima en que la cooperación de los espíritus selectos y desinteresados hace más falta que nunca. Las copias pueden remitirse al Sr. Lizaso, en La Habana, o al Rep. Am. (Correos: Letra X. San José de Costa Rica).*

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José C. R.